



EL CEREBRO

VIC LOGAN

VIC LOGAN

EL CEREBRO

Ediciones TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53 Barcelona
Dr. Julián, Álvarez, 151 Buenos Aires

Depósito Legal: B.15.503-1969

Printed in Spain - Impreso en España

Impreso en Gráficas Tricolor – Eduardo Tubau, 20 - Barcelona

PRÓLOGO

Videncia

Año 179 de la Era Cristiana

Marco Aurelio, emperador romano, doble vencedor de los Marcomanos; amante de la filosofía y de las letras, hombre austero y sobrio, finalizaba su cena en compañía de un grupo de sus más fieles colaboradores.

La conversación se generalizó en torno a la guerra y el futuro de Roma. El

emperador se mostró pesimista.

— ¿Acaso no estás dispuesto a emprender una tercera expedición? — preguntó un noble tribuno.

—Cierto que lo estoy.

—Se diría que te sientes pesimista y no hay razón para ello... ¿O acaso la hay?

Conocida era su inclinación por los fenómenos de la telestesía, y a ninguno de los reunidos causó extrañeza sus palabras.

—El alma ve más allá de nuestros sentidos y de nuestros ojos.

El significado de tal respuesta no fue comprendido, sin embargo...

Marco Aurelio no pudo emprender la tercera expedición contra los Marcomanos. Murió al año siguiente.

¿Acaso había presentido su próximo desenlace?

Telepatía

Año 1930

Una desapacible noche otoñal, un avión inglés se estrella a poco de despegar. Todos sus ocupantes perecieron carbonizados. La catástrofe conmovió a toda Europa.

Dos noches más tarde, una mujer es recogida en la vía pública en avanzado estado de inanición. Es una pedigüeña a la que se interna en un hospital para su inmediato tratamiento.

A las pocas horas se recobra y, ante el estupor del personal que la atiende, relata las causas que motivaron el fatal accidente y el nombre de los ocupantes del aparato.

—...Fue un fallo del motopropulsor. El mecanismo oleodinámico no funcionaba, el capitán no pudo remontar el vuelo... Fallaba el motopropulsor.

La mujer continuó hablando. Empleaba los tecnicismos propios de una consumada maestra de la aerodinámica.

¿Cómo podía saber tales cosas aquella enferma?

Algunos testigos la conocían del barrio del Soho. Era casi analfabeta y se ganaba la vida limpiando los suelos de los tugurios.

Cuando los investigadores le preguntaron:

— ¿Cómo puede usted saber todo esto?

Ella respondió simplemente:

—Me lo contó el capitán... mientras dormía. Yo no sé más de lo que él me ha dicho.

No hubo forma de sacarla de ahí. «Se lo había dicho el capitán.»

Pero el capitán también había muerto en el accidente.

Algunos hablaron de parapsicología; para ellos aquella humilde mujer se había comunicado, realmente, con el difunto capitán.

Claro que los más afirmaron que era solo una farsante, aunque nadie jamás logró probarlo.

Hipnosis

Nueva York, 1960

Fue un accidente casual.

Oliver Sherwood, de 32 años, limpiaventanas, trabajaba en el piso cuarto de un edificio de la cuarta avenida, en la parte exterior, cuando tuvo un desvanecimiento y cayó a la calle.

El andamio de unas obras que se realizaban en la planta primera amortiguó su caída.

Oliver fue llevado en grave estado al hospital.

La moderna técnica le salvó la vida, pero sus piernas quedaron paralizadas.

Cuando, seis meses después, regresó a su domicilio, imposibilitado ya para el trabajo y sin medios para poder mantener a su familia, recibió la visita de un viejo amigo, compañero de armas de la guerra de Corea.

—Voy a ayudarte, Oliver. Es lo menos que puedo hacer por ti.

—No, amigo mío —respondió amargamente el paralítico—. No quiero vivir el resto de mis días a costa de mis amigos.

—No es limosna lo que quiero ofrecerte, Oliver. Conozco tu sensibilidad... Tú confía en mí. Debes tener plena confianza en lo que voy a hacer.

Oliver no comprendió al principio.

Su amigo pidió quedarse a solas con él.

—Ahora voy a hacer que duermas.

Y le observó con sus ojos penetrantes, que Oliver sintió contra los suyos como dos punzones que le dañaban sus pupilas.

Sin objetos relucientes, sin péndulos, sin más armas que aquel extraño influjo que manaba de toda su persona, su amigo consiguió dormirle.

—Abre los ojos y obedéceme en todo, Oliver. En todo... Prométeme que harás todo cuanto yo te diga.

—Sí. Lo haré —replicó Oliver como un autómata.

—Levántate de esa silla y ve hacia la puerta; luego sal a la calle y compra el periódico en la esquina. ¡Vamos, Oliver! Es una orden.

¡Y Oliver Sherwood se levantó!

Cumplió aquellos y otros encargos, hasta que su amigo le despertó obligándole a recordar todo lo que había hecho en sueños.

— ¡Tienes que repetirlo! —exclamó Oliver frenético, viendo en el experimento su única y anhelada posibilidad de volver a ser un hombre normal.

—No puedo mantenerte constantemente en estado hipnótico; pero, si me ayudas, poco a poco lo conseguiremos...

Tres meses más tarde, Oliver Sherwood volvía a limpiar ventanas.

¿Qué dijo la ciencia?

Nada.

Sherwood se había curado, simplemente, por causas naturales. Un caso

entre tantos.

El incidente se comentó en el vecindario, pero pronto se olvidó. La gente estaba más pendiente de los progresos de la incipiente era espacial. Se anunciaban ya como inmediatos los primeros vuelos orbitales...

Capítulo primero

El comandante Markam se volvió hacia su acompañante y durante unos instantes estuvo observándole con curiosidad.

En realidad, desde que se reunió con él en la «Quinta Estación» había estado intentando descifrar qué se escondía tras el rostro impenetrable del «señor» Olstrom.

Era un tipo curioso, de edad indefinida, aunque, según se mirara, más bien joven.

De un cabello rubio canoso y faz purpurina, a Markam le daba la impresión de hallarse ante una máscara viviente.

¿De dónde había salido aquel hombre?

Le habían ordenado recogerlo en la «Quinta Estación», para llevarlo a la «Central Distribuidora».

¡Y para ello habían dispuesto de una nave especial!

Sí. Markam y Olstrom eran los dos únicos ocupantes de aquella nave de tipo corriente.

Sin embargo, en el largo trayecto que llevaban ya realizado, apenas si habían cambiado media docena de palabras.

El comandante había reparado que en los ojos inexpresivos de su compañero brillaba súbita y fugazmente un reflejo profundo... para apagarse de nuevo.

¿Quién era el «señor» Olstrom, en realidad?

Markam sacó del bolsillo de su camisa-chaqueta gris una bolsa de caramelos.

— ¿Quiere uno, «señor» Olstrom? Son de nicotina.

—No, gracias.

— ¿No le gusta la nicotina? —preguntó Markam con intención de iniciar una conversación que hiciera más ameno el viaje.

—Sí... Antes me gustaba. Pero hace muchísimo tiempo que no la pruebo.

— ¿Cree que perjudica? —sonrió Markam.

—Depende del organismo de los seres.

Y el «señor» Olstrom se volvió para observar al comandante y hasta inició una tenue sonrisa.

Markam observó que una vez más los ojos de Olstrom adquirían aquel extraño fulgor, para volver enseguida a tornarse fríos, casi vidriosos.

—Creo que a usted no le harán daño —añadió.

—Me conforta saberlo, «señor» Olstrom. Suelo tomar un paquete diario. Sobre todo cuando estoy nervioso.

— ¿Lo está usted?

—Yo diría, más bien, intrigado. No sé por qué me han llamado. Ignoro qué hago aquí, y por qué se me ordenó que le acompañara a usted. Normalmente suelen ser más explícitos.

— ¿Quiénes?

—Ellos.

— ¿Sus superiores?

—Pues sí... Me refería concretamente al profesor.

— ¿Está usted a las órdenes de un profesor? —preguntó Olstrom con la misma voz grave y monótona a la vez.

A Markam le extrañó la pregunta.

—Me desconcierta usted, «señor» Olstrom. Sabe perfectamente que el mando supremo lo ejercen los profesores. El mío es Avernon. Usted tiene que conocerle.

Olstrom guardó silencio unos instantes, para preguntar, como surgiendo de un largo letargo:

— ¿Americano?

— ¿Quéee? —inquirió desconcertado el comandante.

—Le preguntaba si es usted americano.

— ¿Qué significa ser americano? La verdad no sé de qué me habla.

— ¡Oh, disculpe! Estaba distraído... Usted no puede saber lo que es América.

— ¿Un planeta del pasado? —preguntó Markam sin demasiado interés.

—No. Forma parte de un mundo...

— ¿Actual?

—Pasado, presente o futuro... ¿Qué más da? —replicó Olstrom, abstraído, con la mirada fija en un punto indeterminado.

Markam sonrió.

—Dice usted cosas verdaderamente sorprendentes. No le entiendo, palabra.

Todo el dinamismo del joven comandante se estrellaba ante la adustez de aquel hombre que, hablando su mismo lenguaje, mencionaba cosas lejos de su alcance.

Durante unos minutos la conversación se interrumpió. Olstrom seguía con su misma actitud pétrea, ausente.

Markam se levantó y dio unos pasos por la sala circular rodeada de confortables butacas, y que constituía el espacio destinado a los pasajeros.

En la parte delantera, una entrada cerrada con puertas laminadas anunciaba en letras luminosas:

CONTROL

Markam se acercó y pulsó un botón. La doble hoja de un material parecido al aluminio se abrió dejando al descubierto la pequeña estancia transparente.

Una bóveda de Cristaplast permitía ver el azul intenso del espacio exterior.

En el centro una caja metálica con media docena de pulsadores y dos micrófonos cuidaba del funcionamiento de la Nave, sin necesidad de piloto.

Un cuentadistancias señalaba el recorrido en unidades de millar, que se sucedían rápidamente a pesar de que, observado el exterior, daba la sensación de que el vehículo se hallaba detenido en el espacio.

Sobre la caja, una pantalla de radar anunciaba constantemente la presencia de meteoros, u otros cuerpos flotantes.

Markam regresó y cerró nuevamente las puertas, murmurando:

—Solo hemos recorrido la mitad del camino.

Se sentó de nuevo y pulsó un botón de los tres que cada butaca tenía sobre el brazo derecho.

Se abrió una puerta al fondo e inmediatamente una mesa con ruedas, con algunas botellas y vasos de material parafinado, se acercó hasta detenerse frente al comandante.

— ¿Le apetece tomar algo? —preguntó Markam a su acompañante.

—Un vaso de leche, si hay.

—Preguntaremos.

—Anetol frío para mí y un vaso de leche para el «señor» —dijo mirando a la mesa.

Instantáneamente de los cuatro lados de la mesa metálica surgieron otros tantos *brazos*, en cuyas extremidades ostentaban unas finas tenacillas.

Aquellos brazos articulados sirvieron a la vez lo que Markam había pedido.

Un vaso fue llenado hasta la mitad de anetol; el otro, en el que depositaron

una tableta de forma octogonal y color amarillento, fue llenado de agua, obteniéndose una mezcla blancuzca.

Los mismos brazos extendieron las respectivas consumiciones a los dos hombres. Luego volvieron a su posición normal y la mesa quedó inmóvil hasta que Markam ordenó:

—Nada más, gracias.

La mesa corredera desapareció tras la puerta del fondo, que volvió a cerrarse.

Olstrom se llevó el vaso a los labios, pero de pronto se detuvo. Sus ojos volvieron a brillar fugazmente y al mismo instante exclamó:

— ¡No beba, comandante!

Y acompañando la palabra a la acción, de un manotazo tiró su vaso al suelo, haciendo lo propio con el suyo.

—Pero... ¿qué le pasa? —preguntó Markam extrañado y molesto a la vez por la actitud de Olstrom.

—No lo sé, pero... —miró el líquido que había empapado el suelo.

Lentamente comenzó a surgir una diminuta columna de humo, formando una casi imperceptible nubecilla.

Ambos líquidos parecieron entrar en ebullición para desaparecer lentamente.

En el suelo metalizado quedó únicamente una mancha que poco a poco fue desapareciendo.

Markam agrandó los ojos. Estaba perplejo. Su compañero murmuró en un susurro:

—Comandante... Han intentado asesinarnos...

Capítulo II

La nave seguía su curso.

Markam dio unas vueltas por la sala circular. La puerta de la estancia del control estaba abierta y Olstrom observaba la caja metálica.

—Debemos cambiar el rumbo y detenemos en la estación más próxima —dijo.

El comandante sacudió la cabeza.

—No podemos hacerlo, «señor» Olstrom. La orden del profesor fue concreta y urgente. Nuestro destino es la «Central Distribuidora».

—Si seguimos aquí, no llegaremos nunca. ¿Me comprende usted?

—No sé qué ha podido ocurrir, pero en la nave estamos usted y yo solos... Lo he mirado bien. No hay nadie más. Lo del ácido corrosivo es inexplicable.

—Usted mismo lo ha visto.

—Haré un informe de todo esto. Es evidente que alguien ha mezclado algo en las botellas antes de salir de la «Quinta Estación».

—Y ¿quién podía tener interés?

—No lo sé. Pero no hay otra explicación. A menos... A menos que usted sepa algo más.

— ¿Qué quiere decir, comandante?

—Usted debe saber por qué le han llamado. Conocerá los motivos de nuestra misión en la «Estación Distribuidora».

—Se me pidió únicamente que fuera allí. Sé tanto como usted.

Markam se dejó caer en una butaca.

—Algo extraño hay detrás de todo esto. Han intentado asesinarnos.

—Y lo intentarán otra vez, si no cambiamos el rumbo.

—Pero... ¿quién?

—No lo sé. Pero voy a variar el rumbo.

— ¡No, «señor» Olstrom! Solo en caso de emergencia puede hacerse eso. Una vez la nave está bajo el control automático no debe manipularse en los mandos. Es peligroso.

—Esto es absurdo, Markam.

—No tanto... ¿No oyó hablar de lo que le ocurrió a Polok?

— ¿Quién es Polok?

—Un amigo mío. Se dirigía también a la estación divisionaria en un bólido personal. Dijo que había visto algo extraño y trató de seguirle la pista. Accionó los mandos y perdió el control. Nadie ha vuelto a saber de él.

— ¿No le buscaron?

—Sí. Salió una expedición en su busca, pero no encontraron el menor rastro. Estará vagando a millones de unidades, o es posible que entrara en la órbita de algún planeta y se estrellara.

Olstrom pareció dudar, luego como si hablara consigo mismo murmuró:

— ¿Quién fabrica esos controles?

—La fábrica automática de Yurisa.

—Pero alguien dirige el trabajo.

—Me extraña que no conozca el procedimiento, señor Olstrom. ¿De dónde diablos procede usted?

—Conteste a mi pregunta, comandante.

—Está bien. La fábrica necesita de material humano. El «Gran Control» da las órdenes. Todo es perfecto.

—No tan perfecto, si no es posible rectificar un vuelo.

—Esto está construido para ser manejado por las cajas de control.

—Lo que es tanto como decir que las máquinas dominan al hombre.

— ¡Eso es absurdo!

—Me está demostrando que no, comandante.

—Las máquinas son perfectas —repitió Markam—. Todo se comprueba perfectamente, antes de ponerse en funcionamiento.

—Y ¿quién lo comprueba?

—Las computadoras automáticas.

— ¡Automáticas! ¡Todo automático! No, comandante. Esto no me convence...

Se hizo un silencio.

Olstrom miraba atentamente al oscilómetro de las microondas y comprobaba la velocidad.

Markam interrumpió su abstracción, preguntando de pronto:

—Señor Olstrom... Todavía no me ha dicho usted cómo averiguó que las bebidas contenían ácido corrosivo.

Olstrom se volvió hacia él y, tras un silencio, replicó:

—No, comandante. No se lo he dicho.

Markam dio unos pasos hacia él. Había perdido toda su jovialidad. Ahora su rostro expresaba desconfianza.

— ¿Cómo la sabía usted, «señor» Olstrom? —repitió tenazmente.

La réplica de su compañero fue tajante:

—Lo sabía. Eso es todo y debe bastarle.

* * *

Que la velocidad de la nave había disminuido era un hecho que el comandante Markam pudo comprobar por sí mismo al observar el cuentavelocidades.

El plano de ruta marcaba una ligera desviación. Decididamente, tuvo que dar la razón a su compañero. Algo no marchaba bien.

—Pediré instrucciones —dijo, pulsando el botón de uno de los micros.

Un zumbido dio la señal de que podía hablar.

—Aquí comandante Markam, a bordo de la Nave Y-540, llamando a Central de la «Quinta Estación». Conteste, operador.

El altavoz permaneció silencioso.

Markam repitió la llamada sin obtener respuesta.

Pulsó nuevamente el timbre y una serie de zumbidos indicaron avería en la comunicación.

En el oscilómetro las microondas empezaron a difuminarse hasta desaparecer.

—Esto no es una avería corriente —dijo Olstrom—. Estamos incomunicados.

—No lo comprendo —murmuró Markam.

—Voy a variar el rumbo, comandante.

—No sé... No debería hacerlo, creo.

Antes de que Olstrom pudiera accionar ninguno de los mandos, el cuentavelocidades quedó inmovilizado.

¡La nave estaba detenida en el Espacio!

Los dos hombres se miraron un instante.

Enseguida se produjo una nueva anomalía. En la sala principal, la trampilla automática del techo se abrió. Era una abertura de unos veinte centímetros de diámetro, por la que descendía el tubo conductor del oxígeno.

Una ráfaga helada invadió el paréntesis metálico.

— ¡El oxígeno! —exclamó el comandante.

Intentó correr a los compartimentos de la parte trasera.

— ¡Los trajes, «señor» Olstrom! Tenemos que protegernos con los trajes...

La mezcla de nitrógeno, oxígeno y gas pesado se vaciaba y desaparecía rápidamente la ingravidez, desde largo tiempo superada, por los catalizadores que renovaban constantemente la presión, manteniendo las naves a la temperatura ambiente, dejaba sentir sus efectos.

El comandante perdió la estabilidad normal, su cuerpo se elevó, flotando en la cámara, mientras sentía los efectos de una sensación de ahogo.

—«Señor» Olstrom —exclamó, intentando inútilmente llegar hasta la puerta de la cámara trasera de la nave.

Olstrom estaba «clavado» en el suelo, como si para él la fuerza de gravedad no se hubiese alterado lo más mínimo.

De espaldas a la sala principal contemplaba la «caja metálica», mientras el comandante, en un esfuerzo supremo, flotando en la estancia, conseguía pulsar el botón que abría la cámara.

Pero la puerta no se abrió.

— ¡Olstrom, Olstrom! —volvió a exclamar en demanda de auxilio.

El extraño compañero permanecía inmóvil.

La puerta de la sala de mandos comenzó a cerrarse lentamente.

Markam quedó aislado.

La ausencia total del gas pesado dejaba paso a sucesivas ráfagas glaciales.

Markam, medio inconsciente, pudo ver cómo sus ropas se cubrían de una ligera capa de partículas de hielo que iba aumentando progresivamente como si estuviera en el interior de un congelador graduado a bajas temperaturas.

Ya no podía hablar.

Su cuerpo se balanceaba en la sala de pasajeros convertido en un bloque de hielo.

Capítulo III

El comandante despertó en la «Cámara de urgencias».

Estaba tendido en la mesa de curas y frente a él, observándole con una extraña sonrisa, se encontraba Olstrom.

Parpadeó. Una luz potente dañaba sus ojos.

Olstrom pulsó un botón y los cuatro focos procedentes de los poderosos rayos de plutón dejaron de funcionar.

El comandante comprendió. Olstrom acababa de proceder al deshielo de su cuerpo.

—El hielo ha evitado su muerte, comandante —murmuró Olstrom—. Pero una larga estancia dentro del bloque pudiera haber sido fatal.

—No comprendo nada, «señor» Olstrom... ¿Qué ha pasado exactamente?

—No estoy muy seguro. De cualquier modo he variado el rumbo de la nave.

—Y ahora... ¿está en funcionamiento?

—Sí. A velocidad normal. ¿Se siente bien?

—Creo que sí.

—Pues prepárese. Ya he informado a la base para que manden otra nave a «Vía Aurelia».

— ¿Vía Aurelia? —preguntó con extrañeza el comandante.

—Sí, comandante. Es el sitio más próximo.

—Pero este lugar está abandonado hace tiempo...

—Lo sé.

—Es peligroso. Ninguna nave ha pisado su suelo desde hace...

—Lo sé, comandante. Pero no correremos más riesgos de los que estamos expuestos a correr, si seguimos en la Y-549.

Un oscilador de señales acústicas por medio de unos silbidos anunciaba la inmediata toma de contacto con «Vía Aurelia».

—Pongámonos los trajes —murmuró Olstrom.

El comandante se incorporó asintiendo. No comprendía nada, pero la curiosidad hacia su compañero de viaje había ganado muchos enteros.

¿Quién era aquel hombre?

* * *

«Vía Aurelia» era un lugar oscuro, indudablemente se trataba de un planeta o satélite pequeño dado lo reducido de su horizonte.

El suelo era de basalto y, en toda la superficie, hasta donde era posible ver, se advertía la carencia absoluta de montañas o cráteres.

Los dos hombres anduvieron por lo que, en tiempos, fue plataforma de toma de contacto del lugar.

Las compuertas metalizadas a ras de suelo a modo de enorme trampa circular continuaban aparentemente en perfecto estado. La carencia de atmósfera había impedido que el óxido prendiera en ellas.

—Lo raro —comentó el comandante a través del radio colocado en el interior de la escafandra— es que no haya funcionado el resorte para que la nave descendiera hasta el subsuelo.

—La abriremos nosotros, mientras esperamos —replicó Olstrom.

—Es perfectamente imposible, «señor» Olstrom. Solo funciona a través del magnetismo de las naves, o desde el interior; pero no hay nadie.

— ¿Por qué se abandonó este lugar? —inquirió Olstrom, golpeando con el tacón de su bota la plancha metalizada.

—Bueno... Yo no había nacido aun cuando esto ocurrió, pero según se dice aparecieron seres extraños.

— ¿Qué clase de seres?

—No sé exactamente. Jamás fue posible obtener ninguna fotografía. Y cuantos lograron verlos o aproximarse a ellos no pudieron contarlo. Murieron.

—Entonces... ¿cómo se supo?

—Todos los informes fueron transmitidos a la Estación Centro. Se grabaron algunos de ellos. El profesor Avernon le informará mejor que yo.

— ¿Y no se hizo ninguna inspección? Quiero decir si no se investigó a fondo sobre el particular.

—Salieron varios exploradores, pero ninguno regresó.

Olstrom sonrió bajo la escafandra.

—Ahora comprendo por qué sentía usted miedo.

—No. No es miedo, «señor» Olstrom. En cierto modo, me alegro de estar aquí.

—Y yo también.

— ¿Usted no siente miedo?

—Para sentir algo primero hay que saber lo que «es». Y todo lo que se conoce se puede combatir o dominar.

—Bueno. En teoría...

—Yo hablo de la práctica, comandante. El miedo no existe. Es producto de la imaginación.

—Si ahora saliera uno de esos seres... —apuntó Markam.

—Me gustaría verlo. ¿A usted no?

—Pues, sí... Pero dudo que nuestras armas pudieran servir de algo para combatirlo.

Olstrom sonrió.

—Al emplear la palabra *combatir* no me refería a atacar.

— ¿A qué entonces?

—Quizá no lo comprendería. Usted es un producto de la era de la supratécnica, que amenaza con destruir la misma materia, y materia somos todos.

Markam se encogió de hombros.

—De todos modos haría bien en preparar su «rayo».

—Yo no he usado nunca armas, comandante.

— ¿Qué?

—No uso armas.

—Es una temeridad. Estamos en la «Vía Aurelia» y…

—Discúlpeme, comandante —cortó Olstrom dirigiéndose hacia la nave—. Voy a intentar abrir la compuerta.

Y Markam, una vez más, se quedó confundido ante la extraña actitud de Olstrom.

* * *

Tampoco supo el comandante Markam cómo se las arregló su acompañante para accionar la trampa. Lo cierto es que la doble plancha metalizada comenzó a abrirse lentamente hasta dejar al descubierto el hangar del subsuelo.

Descendieron por la escalerilla hasta llegar al fondo de la gran nave metalizada.

Todo estaba intacto. Ni una mota de polvo. Cada objeto permanecía en su sitio. Los controles en el tablero de mandos funcionaban al pulsar los botones; la pantalla de radar, la estación emisora y receptora, el oscilógrafo y la palanca que automatizaba todos los controles, sincronizando la función de cada uno.

Olstrom comprobó cómo la compuerta podía abrirse y cerrarse perfectamente y cómo los focos de luz ultrarradial iluminaban la pista.

Una plataforma descendía más abajo. Era el área de toma de contacto.

El comandante comentó:

—A pesar del tiempo transcurrido, estaban bastante adelantados. Esta plataforma lleva hacia el subterráneo las naves para dejar libre la pista.

Olstrom asintió.

—Por lo que parece, podrían despegar y tomar contacto varias naves al mismo tiempo. Bajemos para echar una ojeada.

Utilizaron un elevador con la indicación de siete plantas subterráneas.

En la primera, comprobaron que se trataba de una inmensa galería de paredes metálicas, completamente vacía.

Tampoco en la segunda encontraron nada.

Así llegaron hasta la sexta donde estaban instalados unos depósitos que ambos hombres examinaron.

—Gas pesado —observó Olstrom—. Parecen llenos. Fíjese...

Señaló unos tubos que surgían del depósito.

—Son los distribuidores de atmósfera —murmuró el comandante.

—Vamos a probar si funcionan.

—Subamos para cerrar la compuerta principal. ¿No le parece?

—No es necesario. Cada compuerta queda completamente aislada.

Y Olstrom accionó una palanca.

Al cabo de un tiempo prudencial probó de quitarse la escafandra.

Aspiró.

—Funciona, comandante.

Markam se quitó la suya.

—Sí, en efecto —murmuró, después de aspirar el oxígeno.

—Vamos a examinar la última planta.

Miró un momento el control de distribución y conectó la palanca que marcaba la planta séptima.

Luego, ambos, sirviéndose del ascensor, bajaron hasta el fondo de aquel subterráneo.

La séptima y última galería era idéntica a las demás. Sin embargo, no estaba vacía como las anteriores.

Markam agrandó los ojos al ver el extraño aparato que ocupaba el centro de la espaciosa estancia, iluminada como todas por unos rayos expansivos que emergían de los ángulos del techo.

—Pero... ¿qué es esto?

Miró la expresión de Olstrom y comprobó que, por primera vez, sus ojos expresaban asombro.

—No es posible —murmuró hablando casi consigo mismo.

—Nunca había visto una cosa así —adujo el comandante.

—No... No puede ser posible. Es absurdo.

— ¿Sabe usted lo que es esto, «señor» Olstrom? —inquirió Markam.

—Sí, comandante... A menos que sea una alucinación, esto solo puede ser...

No concluyó la frase. Avanzó hacia el aparato, mientras Markam le seguía lleno de curiosidad.

De pronto un ruido extraño detuvo al comandante.

—«Señor» Olstrom... —dijo a modo de aviso.

La mirada de su compañero se dirigió hacia lo alto.

El ruido volvió a sonar.

—No puede ser la nave enviada desde la «Quinta Estación». No hay tiempo para ello.

—No, no lo hay. ¿Qué será entonces?

—Creo que será mejor echar un vistazo.

El ruido volvió a sonar sobre las planchas metalizadas, como si unos pies enormes calzados con botas de material duro pisaran la plataforma superior.

—Vamos, Markam. Quizá nos sea dado descubrir a uno de esos extraños seres de que me habló usted antes...

Capítulo IV

El ascensor no funcionaba.

—Tendremos que utilizar la escalera. Voy a cerrar los conductos de ventilación. Póngase la escafandra —dijo Olstrom.

El comandante asintió maquinalmente, mientras ascendían, desde la sexta planta, por la escalera de caracol que subía hacia lo alto.

El ruido, aunque más débil, podía oírse todavía. Ahora era más bien el contacto de algo arrastrándose sobre la plancha metálica.

Llegaron a la planta segunda; un piso más y saldrían de dudas.

Olstrom detuvo la marcha.

—Deje que yo vaya delante —pidió el comandante, desenfundando su «rayo» continuo.

— ¡No! Nada de armas.

—Puede ser peligroso. No sabemos con lo que nos vamos a enfrentar.

—Guárdese su «rayo», comandante.

Olstrom le miró fijamente, y en la penumbra sus ojos volvieron a tomar aquel extraño fulgor.

—Está bien —admitió el comandante, enfundando nuevamente el «rayo» continuo.

Olstrom tomó la delantera y con paso lento continuó subiendo.

Arriba el sonido había disminuido totalmente, pero Markam presentía la presencia de algo, de alguien...

El sonido de los pasos de ambos hombres atenuados por las suelas de ventosas les permitía andar sin producir el menor ruido.

El profesor llegó a lo alto y asomó la cabeza.

— ¿Qué es lo que ve, «señor» Olstrom? —susurró Markam por el microrreceptor.

—Nada. Sigamos.

La salida de la escalera situada en un hueco daba principio a un corto corredor que desembocaba en la galería principal.

Pegados a la pared continuaron la marcha.

Al llegar al vértice, Olstrom se detuvo. Quedó como paralizado.

Tras un silencio que a Markam se le hizo eterno, murmuró:

—Asómese.

Markam llegó a tiempo de ver la «cosa» cuando de un hábil salto, en realidad no llegó siquiera a salto, desaparecía por la abertura superior.

Antes de que la «cosa» se perdiera en la oscuridad exterior, Markam pudo ver la larga cola negra y peluda que se elevaba como una antena.

—Pero... ¿qué es?

Por toda respuesta, Olstrom echó a correr hasta la escalerilla. El comandante le siguió.

Fuera, en la superficie, vieron alejarse a la «cosa».

—Tiene cuatro patas. No hay duda. Y sus dimensiones son espantosas —dijo Markam.

Olstrom corrió hacia la nave. Ascendió por la rampa y, al llegar a la sala de mandos, proyectó los potentes focos de rayos expansivos.

La «cosa», al ser alcanzada por los focos, se volvió.

Entonces Markam, desde la entrada del subsuelo, pudo ver la extraña cabeza de un animal completamente desconocido. Dos ojos enormes de oscilantes pupilas parecieron quedar ciegos, al chorro de luz que emanaba de la nave.

El cuerpo velludo del animal pareció encogerse y sus pelos se erizaron.

Luego dio la vuelta y se alejó a gran velocidad, pero siempre a ras de suelo.

Olstrom apagó la luz y descendió de nuevo.

Markam fue a su encuentro.

—Nunca había visto nada igual. Dos ojos, morro más bien chato, con varias antenas debajo, boca, orejas...

—Todo esto es muy curioso, comandante, muy curioso.

Hablaba con naturalidad, como si la visión de aquel animal desconocido no le hubiese impresionado lo más mínimo y estuviera preocupado u obsesionado por otras cuestiones más profundas...

—Ahora comprendo por qué «Vía Aurelia» fue abandonada —murmuró Markam.

—Pero la presencia de esa criatura indica que existe una forma de vida en este lugar.

—No es posible.

—Ningún ser, persona o bestia, puede vivir sin los elementos básicos para su subsistencia. Admito que la carencia de gases vivificadores sea admitida por algunos cuerpos. No siempre el oxígeno fue esencial en la vida, pero... ¿qué me dice de los alimentos? Sea cual fuere su forma y su sintetización son necesarios. Yo le digo que en algún lugar de «Vía Aurelia» hay vida.

—Quizás esos monstruos desconocidos no necesiten lo mismo que nosotros.

—No son monstruos desconocidos, comandante.

— ¿Vio usted alguno antes de ahora?

—Sí. Venga conmigo. Le enseñaré un libro.

— ¿Un libro? ¿Qué es un libro?

Olstrom sonrió.

—Algo que hace muchas Eras dejó de existir. En tiempos, fue un vehículo de comunicación entre los hombres, para expresar las ideas. Ahora basta con exponerlas a través del memorial para reproducirla en cualquier momento. Se ha avanzado mucho, pero se ignora más aún de lo que hace referencia a las Eras pasadas.

Fueron hacia la nave, donde Olstrom había dejado su cartera.

Antes de acomodarse en las butacas de la sala-circular y mientras extraía un volumen que el comandante miraba con curiosidad, Olstrom murmuró:

—Por muchos conceptos me gustaría permanecer en «Vía Aurelia» algún tiempo. Realmente, hay aquí cosas muy interesantes.

Abrió unas páginas del libro. Había varias fotografías de animales, que al comandante se le antojaron extraños monstruos.

Bajo cada foto estaban escritas unas palabras en un idioma extraño para el joven.

En una de las fotos, pudo ver claramente una copia exacta del «monstruo» que habían visto momentos antes.

—Este libro es de cuando se empleaba la escritura —dijo Markam—. Debe de tener miles de períodos.

—Los tiene, en efecto.

—Bueno... Y ¿qué dice de ese monstruo?

—No es ningún monstruo. En otra época fue conocido con un nombre que

no producía miedo a nadie, solo que... era muchísimo más pequeño, muy inferior al hombre en tamaño.

—Y ¿cómo se llamaba?

Olstrom sonrió, para replicar escuetamente:

—Gato.

¡Un gato!

Un gato gigantesco, especie desconocida en aquella galaxia.

Olstrom cerró el libro.

—Lo que no puedo comprender es el motivo de su desarrollo, ni qué puede hacer un animal que se creía extinguido en un lugar como este —hizo una brusca transición para añadir repentinamente —: ¡Vamos, Markam! Quiero explorar el planeta.

Salieron a la superficie. Al pasar junto a la cavidad circular, el comandante recordó:

— ¿Y el artefacto que hemos encontrado en la última planta? Usted también dijo conocerlo.

—En efecto. Y es otro motivo más de extrañeza para mí. Es perfectamente imposible que haya podido llegar hasta aquí.

—Pero... ¿Qué es en realidad, «señor» Olstrom?

—Ya se lo explicaré más adelante. Ahora acompáñeme.

Y Markam, con creciente interés, siguió a Olstrom, el «señor» Olstrom, tal como le habían ordenado llamarle.

Capítulo V

La oscuridad era taladrada con las potentes linternas de rayos expansivos, mientras los dos hombres seguían por aquella llanura interminable.

El suelo no ofrecía la menor variedad. Basalto, y nula existencia de vegetación.

—Al parecer —explicó Markam—, «Vía Aurelia» era solo un lugar de investigación. Vivían algunos profesores con sus familias, únicamente.

—Y ¿dónde moraban?

—Supongo que en el subsuelo

—No hay ningún indicio.

—Tal vez no vayamos en buena dirección. De todos modos, no creo que encontremos lo que busca, esto está muerto.

— ¿Se ha olvidado ya de su «monstruo», comandante?

— ¡Oh! ¡El gato! —sonrió Markam, como si el nombre del animal le invitara al regocijo.

—Las causas de su aumento de tamaño no pueden haber alterado su organismo.

—Pero, si vivía en otras épocas y era de menor tamaño, puede que la especie se extinguiera y se trate ahora de un animal parecido exteriormente en cuanto a sus facciones, pero diferente en su organismo.

—Lo averiguaremos... Cuando encontremos lo que busco.

Olstrom volvió su mirada hacia su derecha. El comandante lanzó una exclamación:

— ¡Cuidado!

Olstrom siguió el haz de luz, que parecía marcar el arranque de un profundo precipicio.

Lentamente, se acercaron al borde.

Una rampa arenosa descendía suavemente hasta terminar en un profundo escalón.

— ¡Extraño cráter! —comentó el comandante.

—No. No es un cráter —replicó Olstrom, agachándose para comprobar la arena.

Solo consiguió asir un pequeño puñado.

—Es solo una capa superficial. Lo demás se ha solidificado.

El comandante enfocó la luz hacia las profundidades.

— ¿Quiere descender?

—Lo intentaremos.

Buscaron por el borde de la cavidad un lugar apropiado.

Unas rocas más o menos escalonadas, en forma irregular, les permitieron descender...

—Más allá es muy profundo —indicó Markam.

—Sí. Ya me he dado cuenta. Lástima que no dispongamos de más luz.

De nuevo se puso en cuclillas para examinar el suelo.

—Todo petrificado.

Sin embargo...

Sus manos palparon en la junta de unas rocas algo parecido a una rama. Se desintegró con solo tocarla.

—Creo que ya sé dónde nos hallamos —murmuró.

Siguieron andando. El piso era irregular. Formaba altibajos hasta llegar a una parte sensiblemente más profunda.

Calculada la distancia en metros, Olstrom hubiera supuesto que se hallaban a unos veinte, en relación con la altitud normal del planeta. La cima, ya imposible de descender por aquel lado, tendría otros quince o veinte.

—Esto en tiempos fue un mar. Un mar líquido. ¿Me comprende?

— ¿Quiere decir un mar con agua?

—Exactamente.

—Creí que no existían mares con agua.

—Actualmente, en los lugares que conocemos, no existen. Le hablo de otras Eras. ¡Quién sabe cómo se llamaría ese planeta!

—«Vía Aurelia».

—No. Me refiero al nombre que le dieron sus primitivos moradores. ¡Volvamos! Seguiremos nuestra exploración.

Poco después, siempre caminando por un terreno carente de variedad, la linterna de Olstrom iluminó el inicio de una rampa, que descendía entre dos paredes de basalto.

—Es posible que hayamos dado con la ciudad de los investigadores que poblaron antes el lugar.

La rampa terminaba en una enorme roca que parecía superpuesta, o desprendida de la misma pared.

—Ayúdeme a apartar esto, Markam —pidió Olstrom.

Forcejearon sin resultado.

—Pesa demasiado. Utilizaré el rayo.

El comandante desenfundó el arma. Un tubo largo en cuyo vértice a modo de mango para sujetarlo había un botón.

—Apártese, «señor» Olstrom.

El aludido se hizo a un lado y el comandante pulsó el botón.

Un rayo amarillento salió del tubo del arma para chocar contra la roca, que automáticamente quedó perforada con un boquete muy superior al grueso del

rayo.

El comandante practicó un nuevo agujero para agrandar el hueco por el que ya era posible adentrarse al fondo de una cavidad.

—Esto parece más bien una gruta —murmuró Olstrom.

Los focos de luz alumbraron el interior del que arrancaba una escalinata.

—No. Es sin duda la «ciudad» científica... Pero ¿quién habrá obstruido la entrada?

—Los gatos probablemente, con sus zarpas. Veamos qué hay ahí.

Descendieron por una escalinata que parecía no tener fin.

Al llegar al fondo, ambos tuvieron la sensación de encontrarse ante una enorme sala. Más que una sala, aquello semejaba una segunda superficie del planeta.

De pronto, la luz iluminó el recinto. Era una luz similar a la de los hangares.

Los dos hombres se preguntaron quién habría podido conectar los conmutadores.

Sin embargo, lo que tenían ante sus ojos les mantuvo silenciosos.

Era, en efecto, una auténtica ciudad, al uso. Edificios de una sola planta, metalizados, sin huecos ni ventanas. Todo en perfecto estado. La bóveda, demasiado alta, quedaba difuminada por el color azulado de la luz, ofreciendo un aspecto de «cielo», de infinito.

Las casas se alineaban a ambos lados de la avenida y se comunicaban por medio de puentes distribuidos aproximadamente a la misma distancia unos de otros.

En el centro, una torreta que sobrepasaba en altura a las otras edificaciones, partía la calle.

El comandante reparó en el «ojo de buey» que se descorría en lo alto de la edificación mostrando un hueco de observación.

—Alguien está ahí dentro, «señor» Olstrom —advirtió.

—Sepamos quién es.

Markam sacó de nuevo su «rayo».

— ¡Qué manía tiene usted con las armas! —exclamó Olstrom.

Caminaron hasta la entrada del edificio, cerrada herméticamente, de forma que las juntas quedaban imperceptibles al ojo humano.

Olstrom golpeó la plancha sin que resonara en absoluto.

—Material silencioso, como el nuestro —murmuró.

Sin embargo, la puerta comenzó a abrirse corriendo hacia un lado.

Los dos hombres penetraron en el interior de una amplia sala desprovista de muebles, de la que arrancaba una escalinata.

No pudieron oír el menor ruido de pasos, pero Olstrom pareció presentir la presencia de alguien.

— ¡Cuidado! —susurró.

El comandante apuntó con su «rayo» la embocadura de la escalera.

De pronto surgieron unos pies a los que siguieron unas largas y bien

formadas piernas envueltas de mallas.

— ¡Una mujer! —exclamó el comandante,

Olstrom guardó silencio, mientras la joven descendía hasta donde ellos se encontraban.

Markam pensó que era muy bella. La más bella que había visto en su vida. Alta, esbelta, de formas bien moldeadas. Toda envuelta en aquella pieza única, negra, de malla, y el cabello colgando fuera del turbante del que brillaba una piedra reluciente.

Había algo raro en la mirada de aquella muchacha. También en sus ojos, grandes, asustados.

— ¿De dónde sale usted? —preguntó Markam después del silencio que le impuso su propio asombro—. Este es un sitio abandonado hace muchos períodos.

—Sí... —murmuró ella—. Creí que iba a morir. Esto es espantoso... Espantoso. Sáquenme de aquí, por favor.

No pudo decir más. Se desmayó.

Capítulo VI

Los fuertes brazos del comandante Markam habían sostenido su frágil cuerpo hasta depositarlo en uno de los lechos, de una cámara-alcoba del edificio.

El joven no salía de su asombro, ante aquel inesperado descubrimiento, y se quedó velando a la muchacha, mientras Olstrom recorría el edificio.

Ella parpadeó volviendo a la realidad.

— ¡Oh! He sido una estúpida...

— ¿Por qué? —sonrió él.

—Me he desmayado.
—Sí.
—No debí asustarme. Ustedes son como yo... Pero no saben el miedo que he pasado aquí dentro.
—Lo supongo. Pero ¿cómo ha llegado hasta aquí?
—No lo sé... No puedo recordar nada.
—Trate de hacer un esfuerzo... Esto está deshabitado desde hace mucho tiempo. No es posible que la dejaran abandonada. No habría vivido tantos períodos.
—He intentado hacer un esfuerzo, pero no consigo recordarlo.
—Veamos... ¿Qué es lo último que recuerda?
—Pues... A mis padres. Allá, en la Estación Primera.
—Hummm. No creo que quede nada de ella —replicó el comandante.
—Lo sé. Hubo una terrible catástrofe. Toda la estación ardió y la gente huía despavorida... Creo que fue el centro de investigación.
—Sí. Un fallo produjo la reacción en cadena y todo se convirtió en ruinas.
— ¿Y usted huyó con sus padres?
—No sé... Sé que salí con mi madre. Papá trabajaba en el laboratorio. El ejército de salvamento corría por las calles recogiendo a la gente para evacuarlos... Sí, creo que subí con mi madre a uno de los bólidos para dirigirnos a los hangares.
— ¡Bravo! Prosiga usted.
Ella intentó hacer un esfuerzo. Cerró los ojos y negó con la cabeza.
—Lo siento... Ahí se confunde todo en mi mente.
— ¿No recuerda si llegó a subir a una nave?
—No...
— ¡Vamos! Haga otro esfuerzo.
La voz de Olstrom sonó desde la puerta.
—No la fuerce más, comandante.
Olstrom avanzó hasta el lecho.
—No recuerda cómo llegó aquí. Esto es muy extraño... Debe de llevar bastante tiempo, porque la Estación Primera fue destruida hace varios períodos.
— ¿Cómo se encuentra, señorita? —preguntó Olstrom.
—Bien. Creo que bien. Lamento no poder recordar. Solo sé que, cuando me desperté, estaba en esta ciudad subterránea.
— ¿Sin escafandra? —preguntó el comandante, el cual, lo mismo que el «señor» Olstrom, se había quitado la suya, después de comprobar que la presión del gas pesado era normal.
—No... Tenía una pero estaba a mi lado. La tengo en otra cámara.
Hizo una pausa para continuar.
—Sé que, entonces, estaba como aturdida. Intenté buscar la salida, pero una enorme piedra obstruía la puerta.
— ¡La puerta, «señor» Olstrom! —exclamó el comandante—. Al perforar

la roca quedó perforada la plancha.

—Sí...

—Y no le parece extraño que el oxígeno se mantenga.

—Ya había pensado en ello Markam, y lo he comprobado.

—Entonces...

—Los que idearon esa ciudad científica pusieron en práctica el sistema de cortinas gaseosas.

— ¿Cortinas gaseosas?

—Sí. Es un antiguo procedimiento. Una corriente continua actúa de coraza invisible entre el interior y exterior. No puede aplicarse a todos los ambientes pero aquí, por lo visto, sí; y esto corrobora mi teoría de que estamos muy próximos a un lugar con vida propia.

—Bueno. Ahora debemos ocuparnos de la señorita. ¿No le parece?

—Déjela descansar. Durante mucho tiempo ha vivido en un estado de constante tensión. Un sueño le irá bien. Y, entretanto, usted y yo proseguiremos nuestra exploración.

—No. No me dejen, por favor —suplicó ella incorporándose.

—Nadie le hará nada. Y, por otra parte, le evitamos el riesgo que significa el ir con nosotros.

—Pero la puerta está abierta, «señor» Olstrom —recordó el comandante.

—No se preocupe. Por ella no entrará nadie... A menos que vaya provisto de escafandra, y no creo que los gatos la lleven...

—No le entiendo.

—Se lo demostraré —y Olstrom mirando a la joven murmuró—: Y usted quédese tranquila.

—No, no...

Estaba visiblemente asustada ante la posibilidad de tenerse que quedar nuevamente allí.

Olstrom la miró fijamente, mientras se sentaba en la cama.

—Duérmase, por favor... Duérmase... Tiene usted sueño. Mucho sueño.

—No. Yo... no quiero...

Él continuó mirándola con sus ojos llenos de aquel brillo especial que ya repetidas veces había advertido Markam.

—Sí. Tiene usted sueño. Yo lo sé y usted también lo sabe. Está cansada. Necesita relajarse.

Lentamente, la joven se tendió de nuevo, mientras sus párpados comenzaban a oscilar.

—Despertará a nuestro regreso, y nos preparará un pequeño refrigerio. He visto que el almacén está bien provisto, ¿verdad?

—Sí... Está bien provisto.

—De acuerdo. Duerma, quédese tranquila.

Ella ya no respondió. Sus ojos se habían cerrado. Su respiración, completamente rítmica, indicaba que había entrado en un sueño profundo.

Markam quedó admirado.

— ¿Cómo lo ha conseguido? —preguntó mientras caminaban hacia la salida.

— ¿Ha probado usted de averiguar todas las posibilidades de sus sentidos, comandante? —preguntó a su vez Olstrom.

—Sé que puedo ver, sentir, tocar...

—Sí. Oír y gustar —concluyó Olstrom—. Pero... ¿nada más?

—Creo que nunca llegaré a comprenderle, «señor» Olstrom —murmuró él.

—Posiblemente —admitió Olstrom—. Porque usted está aferrado a la técnica, y hay algo superior a ella, créame.

Se acercaban a la puerta de salida.

— ¿Qué es?

—Algo... Llamémosle supra-racional.

— ¿Más allá de la razón?

—Y de lo que entendemos por ella. Cada ser se impone a sí mismo unas limitaciones que no existen. Hay que profundizar mucho más allá de lo aparente. La técnica es la tumba de lo físico, y hasta de la materia, pero... ¡Cuidado! Deténgase.

— ¿Qué ocurre?

—Iba a traspasar usted la barrera gaseosa. Póngase la escafandra.

El comandante miró a su compañero con la extrañeza reflejada en su rostro. Olstrom sacó de su bolsillo un estilete, al tiempo que rogaba al comandante:

—Perfore el suelo con su rayo.

El otro obedeció.

Bajo la lámina que servía de pavimento apareció el verdadero suelo de la cavidad.

Con el estilete, Olstrom arrancó un pedazo de roca. Se incorporó y murmuró:

—Fíjese bien, comandante.

Arrojó el pedazo de roca hacia la salida, pero la piedra antes de llegar estalló en una muda explosión, desintegrándose.

Markam lanzó un silbido.

—Es el poder de la capa gaseosa. Sin la escafandra, a nosotros nos ocurriría lo mismo.

—Y si ella... la señorita, despierta antes de nuestro regreso, quizás intente salir.

—Esté tranquilo, comandante; la señorita Banah no despertará hasta que estemos de vuelta.

— ¡Eh! ¿Cómo sabe usted que se llama Banah?

— ¿Eh? —Olstrom pareció desconcertado, luego reaccionó—: Pues no... no lo sabía. Pero se llama Banah. Ea, vámonos.

Capítulo VII

Olstrom había profetizado que, en algún lugar, existía vida, aunque no precisó la especie ni las circunstancias.

Ciertamente no se había equivocado.

Fue después de mucho andar por aquella superficie monótona, sin variaciones, sin accidentes, cuando, de repente, algo varió por completo.

Markam se había agachado y su linterna enfocó algo que rompía por completo la fisonomía del paisaje.

Era una simple hierba. Algo parecido a cizaña. Crecía entre el suelo granítico, de forma incomprensible.

Entonces, Olstrom descubrió un promontorio no superior en altura a los tres metros. Estaba allí, muy cerca de ellos.

Subieron rápidamente para quedar impresionados ante la visión de un inmenso cráter rodeado de extrañas figuras rocosas, cilíndricas.

— ¿Qué es esto? —murmuró el comandante.

—Un bosque petrificado. Lo del centro no hay duda de que es un lago. Vacío por supuesto. Pero observe los bordes.

De forma sorprendente, las linternas de ambos hombres enfocaron pequeñas matas que crecían en las paredes del cráter.

Era el principio de «vida» que Olstrom esperaba encontrar.

— ¿Tiene el comprobador de atmósfera? —preguntó el comandante.

Markam, por toda respuesta, sacó un diminuto aparato no superior al tamaño de un micrófono normal.

Accionó un botón y, del extremo opuesto, comenzó a oscilar una lucecilla, mientras la aguja, dentro de un recuadro de material transparente, corría hasta detenerse en un guarismo.

—Existe un porcentaje muy pequeño de oxígeno —exclamó, maravillado, Markam.

—Un porcentaje que, indudablemente, crece con lentitud, lo cual indica que una capa gaseosa lleva períodos formándose y no cabe la menor duda de que sale de las profundidades del lago. Me gustaría descender.

—Si hay un principio de vida, este puede ser el refugio de los monstruos.

—No se preocupe usted de los gatos, comandante, y mantenga el comprobador en la mano.

Comenzaron el descenso, mucho más, fácil que el del mar, por la suave pendiente que se dirigía hasta el fondo.

—Si esos felinos han crecido desmesuradamente por este principio del oxígeno, ¿cómo se explica que salgan de su escondrijo y se paseen libremente por las otras zonas en las que está comprobado que no existe el menor asomo de atmósfera?

—Posiblemente, no lo necesitan. Están habituados a las dos naturalezas. Recuerde que le dije que hubo tiempo en que el oxígeno no era totalmente imprescindible; otros gases nobles como el anhídrido carbólico eran suficientes. Luego, existe otra explicación.

El comandante seguía con curiosidad las explicaciones de aquel hombre que parecía estar en posesión de todos los conocimientos. Por lo menos de las cosas que él —Markam— y otros como él parecían ignorar totalmente.

—Piense en el aire líquido.

— ¿El que empleamos para fragilizar los objetos?

—Exacto, comandante. Usted sabe cómo se produce el aire líquido.

—Claro. Sometiéndolo a bajas temperaturas y altas presiones.

—Y dígame ahora cómo se conseguía antiguamente la producción de nitrógeno antes de usar el gas pesado.

— ¡Oh! Esto es de general dominio. Se practicaba el vacío a un recipiente y se efectuaba la licuefacción del aire.

—Muy bien, comandante. Ya tiene la respuesta. Vea en el comprobador la temperatura ambiente.

El comandante comprobó en el aparato y declaró:

—Menos 112 grados[1].

—Ya tenemos la baja temperatura. Es muy posible que sobre el lago por antiguas emanaciones se forme una capa que produzca el vacío, que lógicamente estará sometida a altas presiones. Con ello comienza a licuarse el aire, produciendo el nitrógeno.

— ¡«Señor» Olstrom! La temperatura empieza a subir, igual que el oxígeno.

—Es lo que imaginaba —sonrió su compañero.

El descenso hasta el lecho del antiguo lago se hacía más dificultoso, pero además concurrió una nueva circunstancia que mantuvo a los dos hombres quietos unos momentos.

Un tremendo maullido surgió muy cerca.

Inmediatamente, otros sonidos semejantes retumbaron por la cavidad.

Markam, con su linterna, dirigió la luz en zigzag buscando la procedencia

de los maullidos.

— ¡Mire, «señor» Olstrom!

Media docena de gigantes felinos se habían reunido y seguían maullando.

Olstrom enfocó una cueva por la que aparecieron dos nuevos animales.

—Estamos en su cubil —exclamó Markam.

—Sí, sin duda.

Sin embargo una vez más Olstrom parecía sereno y recorría con su linterna los alrededores donde la vegetación era más crecida. De pronto detuvo el haz de luz.

—Mire aquello, Markam.

— ¡Agua! —exclamó el comandante.

—En efecto. Es un manantial. Mana lentamente... Una veta debió de quedar prisionera cuando la erosión destruyó este planeta. Han debido de pasar miles o millones de períodos desde entonces... Cuando lo descubrieron, los hombres de nuestra Era no pudieron hallarlo porque todavía no había brotado esa prueba de vida, y ya no volvieron a preocuparse de ello. Estaban demasiado ocupados en la técnica.

Olstrom hablaba siempre de la técnica en tono despectivo. El comandante no le concedió demasiada importancia. La presencia del agua y de aquel mundo que renacía le tenía maravillado.

Los gatazos seguían maullando, agrupándose entre sí y siguiendo las evoluciones de la luz que emanaba de las linternas.

—No nos atacarán —dijo el profesor—. Han crecido a razón de un ciento por uno, pero siguen siendo domésticos, inofensivos, si no se les incita.

— ¿Por qué gritan?

—Maúllan. Es por nosotros. Somos extraños para ellos. Ahora ya sé lo que quería saber. Volvamos a la ciudad. Un refrigerio no nos sentará mal.

No era la idea de la comida lo que fascinaba al comandante Markam sino el deseo de volver a ver a aquella muchacha y averiguar los motivos por los que estaba allí.

Bueno. Era todo lo que le atraía de ella.

Pero... ¿llegarían a saber la verdad?

Capítulo VIII

Markam ya no podía extrañarse de nada.

Tal como había predicho Olstrom, la joven se incorporó del lecho apenas los dos hombres cruzaron el corredor de las cámaras-dormitorio de la torre. Parecía mucho más animada.

— ¿Cómo ha ido su exploración? —preguntó, mientras se dirigía al departamento-Office donde se guardaban los alimentos concentrados.

—Bien. ¿Y usted qué tal se encuentra? —preguntó Olstrom.

—Mucho mejor.

—Después de la comida hablaremos.

El comandante intervino para inquirir:

— ¿Se llama usted Banah?

— ¿Eh? —preguntó ella extrañada.

— ¿Le he preguntado si su nombre es Banah?

—Sí. ¡Sí! Es extraño... No me acordaba de ello.

El comandante miró a Olstrom, quien mostraba una actitud pasiva. Su mirada era la habitual en él. Insípida, inexpresiva.

En pocos momentos, Banah tuvo preparados los alimentos. Compuso la mesa y colocó los recipientes parafinados.

— ¿No tienen mesas automáticas? —preguntó Markam.

—No.

— ¡Claro! Cuando este lugar fue evacuado todavía no se habían inventado.

—Acérquese, señor Olstrom —dijo la joven, preparándole una de las sillas —. No sé si les gustará la comida. Jugo de proteínas y compota vitamínica. Antes había carne y jugo vegetal, pero se ha ido acabando. Para beber hay algunas botellas de anetol. A mí no me gustan.

—Traiga una. Y leche para el «señor» Olstrom —pidió Markam.

—No. También tomaré anetol —rectificó el aludido.

—Le desconozco «señor». Acabará masticando caramelos.

—No. La nicotina no me atrae. Mi organismo se resiente de ella.

Se sentaron, charlando de cosas intrascendentes en franca camaradería.

—Esto me recuerda otros tiempos, cuando vivía con papá y mamá —murmuró ella con una nota de tristeza—. ¡Hacía tanto que no me había sentado en una mesa con otras personas!

—Ya no volverá a estar sola —murmuró Markam.

—Ustedes son mis salvadores.

—Trabajo nos ha costado. ¿Verdad, «señor» Olstrom? —sonrió Markam —. Y ha sido pura casualidad. Nuestro destino es la «Estación Distribuidora».

— ¡Oh!

La muchacha pareció turbarse.

— ¿Qué le ocurre? —preguntó Markam.

— ¿Es allí donde se dirigen?

—Sí —respondió Olstrom esta vez.

—Creo que algo ha sucedido últimamente —murmuró ella.

— ¿Cómo lo sabe? —preguntó el comandante.

—Antes me llegaban noticias, a través del receptor. Recuerdo que la última vez dijeron que hasta nuevo aviso dejarían de transmitir.

— ¿Sin dar ninguna explicación? —siguió preguntando el comandante.

—Bueno... Sé que antes hablaron de no sé qué interferencias, y tranquilizaban a la gente, diciéndoles que en una reunión del alto consejo de Profesores se estudiaría la situación.

— ¿No han vuelto a transmitir? —preguntó Olstrom.

—No. He estado a la escucha, pero ya no llega la menor noticia, por eso creo que algo debe de ocurrir.

El comandante cambió una mirada con Olstrom.

—Esa debe de ser la razón por la cual el profesor Avernon le envía a usted —y mirando a la joven preguntó—: ¿Cuánto tiempo hace que se suspendieron esas transmisiones?

—No sé. No puedo calcularlo. Los cronómetros no funcionan, ni tampoco la estación transmisora.

Markam se quedó pensativo.

—Ahora comprendo la urgencia del profesor Avernon. Este retraso le habrá enfurecido... Claro que, de no ser por esto, Banah seguiría aquí.

Tras un silencio, Markam inquirió a Olstrom:

—Usted no es profesor. Ni siquiera pertenece a la «Quinta Estación», ¿verdad?

—Cierto.

— ¿Y no le dijo nada el profesor Avernon sobre el motivo de su viaje?

—Solo que necesitaba de mí.

—Usted conocía a Avernon.

—Le vi una vez. Se sentía mal. Le dije el motivo de su dolencia y sanó.

— ¿Fue usted...? Lo recuerdo. Todos creían que iba a morir...

—No era tan grave.

—Pero los científicos dijeron...

—... Que no existían medicamentos para su enfermedad. Lo sé. Estamos muy avanzados en las grandes cosas, pero se desconocen las pequeñas. Un microbio insignificante que no reaccione a los tratamientos habituales supone largos períodos de estudios cuando se puede curar de la manera más elemental.

—Entonces... ¿es usted doctor?

—Lo fui en tiempos.

—No es tan viejo...

—Partiendo de la base que el tiempo no existe en el espacio, no. No lo soy.

—Bueno, teniendo en cuenta que el promedio de vida es de quinientos períodos, yo no he llegado a la cuarta parte. ¿Y usted Banah?

—No lo sé. No puedo recordar los períodos[2] que han transcurrido desde que nací.

—Ahora hablaremos de ello —adujo Olstrom y, dirigiéndose a Markam, añadió —: Usted ocúpese de la radio. ¿Entiende algo de mecánica?

—Sí.

—Vea si hay algún fallo en el sistema conductor de ondas. Es probable que las causas de la avería provengan de ahí. Si lo consigue, comunique con la base de la «Quinta Estación», para saber si todavía tardará mucho la nave que esperamos. Luego, trate de establecer contacto con la «Central Distribuidora» e informe de nuestro retraso.

—Sí, «señor» Olstrom.

Mientras el ex doctor se dirigía hacia la cámara, dijo:

—Cuando pueda, me ocuparé de usted, señorita Banah.

La joven en voz baja susurró al comandante:

— ¿Por qué le llama «señor»? ¿Qué significa?

—Sé muy poco de él, pero es indudable que conoce un sinfín de cosas. El profesor Avernon, jefe de la «Quinta Estación», me dijo que debía llamarle así porque era el tratamiento que tenía en el planeta de su procedencia.

— ¿Qué planeta es ese?

—No lo sé. Habla muy poco de sí mismo.

— ¿Está lista, Banah? —preguntó Olstrom.

Ella contestó:

—Sí. Voy enseguida.

Markam sonrió mirándola a los ojos.

—Me he alegrado mucho de conocerte, Banah.

Ella le devolvió la sonrisa.

—Creo... que yo también, Markam.

* * *

Banah estaba sentada en una de las sillas. Olstrom, en pie, la miraba fijamente.

—Ahora recordará todo lo sucedido, Banah. Podría decírselo yo, pero tiene que ser usted quien recuerde. ¿Me comprende?

—Es inútil. Ya he dicho...

—Sí, sí... Se ha esforzado en pensar en su pasado y no lo ha conseguido. Ahora lo logrará sin el menor esfuerzo. Concéntrese.

— ¿Cómo?

—Piense en la huida de la «Estación Primera». Todo en llamas. Su madre la deja un momento en el hangar para ponerse en comunicación con su padre...

—Sí —replicó ella sorprendida.

— ¿Qué más?

— ¡Oh! Ahora voy recordando...

— ¿Qué ve?

—Los hombres de fuego.

—Exacto...

—Producían computadores mecánicos... Papá dijo que uno de los profesores había descubierto una nueva sustancia muy peligrosa... La central de investigaciones estalló... Entre las llamas surgieron los hombres de fuego. Tenían forma humana, pero abrasaban. Sé que alguien dijo: «¡Es la consecuencia del nuevo producto!» Me asusté y caí desmayada...

—Pero, antes de despertarse en «Vía Aurelia», recobró el conocimiento, ¿verdad?

—Sí. Un hombre me había recogido creyendo que estaba sola.

— ¿Quién era ese hombre?

—Se llamaba Kinder. Tenía un bólido aéreo individual y me llevó con él —sin esforzarse demasiado, continuó—: Sé que algo falló en los sistemas de mando y tuvo que tomar contacto con «Vía Aurelia».

—Perfecto. ¿Qué más?

—Dijo que era un lugar abandonado, pero que intentaría establecer contacto con alguna base cercana para pedir auxilio.

— ¿Y vinieron aquí?

—Sí.

—Pero ocurrió algo que trastornó su vida, que le sumió en un estado de inconsciencia.

—Sí.

— ¿Qué fue?

— ¡Oh! Algo espantoso.

—Vamos. Dígalo.

—Kinder intentó establecer contacto, pero el transmisor no funcionaba. Ya lo había probado antes en el hangar de toma de contacto. Dijo que saldría para averiguar si encontraba algún otro lugar.

—Hábleme de la puerta de entrada.

— ¡Oh, sí! Estaba abierta. Kinder la cerró, pero comprobó que a pesar del contacto con el exterior el aire no faltaba.

Olstrom sonrió.

—Y entonces...

—Salió de la escafandra. Dijo que posiblemente nos hallábamos en un lugar con vida propia.

Banah se interrumpió lanzando un sollozo.

—Vamos, prosiga...

—Le vi dirigirse hacia la puerta, pero antes, de llegar... ¡Fue horrible!

Olstrom la dejó desahogarse. Luego ella misma continuó:

—Su cabeza desapareció, quedó pulverizado... Lancé un grito y... Sé que me desmayé. Ignoro cuánto tiempo estuve así y, al abrir los ojos, vi un enorme animal taponando la entrada. Era tan grande que solo pude verle las patas. Eran velludas... Lancé un grito y corrí a refugiarme en la torreta.

—Y cuando despertó lo había olvidado todo... —concluyó el profesor de una forma afirmativa.

Ella asintió.

—Claro. Demasiadas emociones.

—Sé que intenté salir. Creí volverme loca, pero la puerta se había cerrado. Probablemente la cerré yo misma, aterrorizada. La abrí y una enorme roca me cerraba el paso.

—Los felinos gigantes.

— ¿Qué?

—Los gatos, esos monstruos que usted vio. Uno de ellos hurgando debió de desprender la piedra que obstruía la entrada. De todos modos, si usted no recordaba nada, es posible que hubiese salido sin la escafandra y habría corrido la misma suerte que ese Kinder.

Le explicó lo de la capa gaseosa, invisible al ojo humano, casi al mismo tiempo que regresaba el comandante.

—He conseguido hablar con la «Quinta Estación». La nave no tardará en llegar. Podemos prepararnos.

— ¿Qué hay de la «Central Distribuidora»? —preguntó Olstrom.

—No contestan. No hay duda de que la situación es grave.

—Está bien. Vayamos al hangar. Póngase el traje, Banah.

En el exterior, la nave se acercaba al planeta. Las luces de posición indicaban el descenso.

—Confío en que haya un buen tripulante —murmuró Olstrom, cuando salían los tres de la ciudad científica.

—No hay tripulante, «señor» —replicó Markam.

—Entonces es inútil tomarla.

—Pero ¿por qué? —volvió a exclamar el comandante.

—Si supiera con exactitud la respuesta, Markam, sabría también el porqué de las anomalías que están sucediendo en la «Central Distribuidora» —fue la réplica tajante de Olstrom.

Capítulo IX

Efectivamente, la nave había tomado contacto autopilotada.

Con el indicativo de Y-712 era una copia exacta de la anterior.

—Es el último modelo —explicó Markam—. Las antiguas fueron destruidas.

—Pues hicieron mal en destruirlas.

—Debemos tomarla, «señor».

—No. Me niego en absoluto. Nunca llegaríamos a nuestro destino, y no vuelva a preguntarme por qué.

—Entonces... ¿qué piensa hacer?

— ¿Recuerda lo que vimos en la séptima planta? —preguntó Olstrom.

— ¡Oh, sí! Me había olvidado... Todavía no me dijo qué era «aquella cosa».

Bajaron los tres al interior.

Markam comprobó que el ascensor seguía sin funcionar. Un zarpazo de la garra del gigantesco felino había roto los cables conductores electrónicos. Tampoco funcionaba el dispositivo que abría las sucesivas trampas metálicas de cada planta, para dar salida a las naves aparcadas en los distintos hangares.

Bajaron por la escalera de caracol.

En la última planta, el aparato que tanta admiración había causado a Olstrom como extrañeza al comandante, seguía allí.

El objeto tenía forma cilíndrica y se dividía en dos cuerpos. El inferior era el de mayor diámetro, mientras que el superior era de circunferencia algo más reducida. Se sostenía por una especie de trípode y quedaba visible la entrada cerrada por una puerta del mismo material de un color pardusco.

Una inscripción borrosa debía indicar la procedencia de aquel objeto, pero ya era imposible averiguarlo.

— ¿Qué es? —preguntó la muchacha.

—Algo que no tiene sentido que se halle aquí... Es un objeto creado hace miles de períodos, cuando comenzaron los primeros rudimentos de la astronáutica. Creo que la llamaban «Cápsula Espacial».

— ¡Cápsula Espacial! —exclamó el comandante.

—En efecto. Con ella unos hombres intentaron alcanzar otros planetas.

—Pero... ¿Cómo funciona esto?

—Según creo iba propulsada por un cohete, que se desprendía a determinada altura. Lo que no comprendo es que pudiera llegar hasta aquí.

Markam se asomó al interior.

— ¡Mire, «señor» Olstrom! Hay espacio para cuatro personas, pero bastante incómodo, y los mandos parecen muy complicados.

—Posiblemente para los hombres que los manejaban entonces eran más sencillos. No se fiaban únicamente en la técnica. El factor humano tenía aún alguna estima.

— ¿No pensará utilizar esto?

— ¿Por qué no?

—Esto no puede funcionar.

—Ahora sí.

— ¿Cómo?

—Sacando el depósito de combustible de la nave y aplicándolo a esa cápsula.

—Escuche, «señor» Olstrom... Si eso pertenece a Eras pasadas, significa que el hombre que la tripulaba no fue capaz de ponerla en funcionamiento para regresar al lugar de su procedencia.

—Tiene razón, comandante.

— ¿Cómo vamos a hacerlo nosotros?

—El combustible de que disponemos es muy diferente al que debía usarse entonces. Una pastilla es suficiente para llegar hasta la «Central Distribuidora».

—Usted manda, «señor» Olstrom. Después de todo, si cree que es la única forma de salir de aquí...

—Vaya por el combustible y déjeme su «rayo».

— ¿Para qué?

—Habrá que perforar las plataformas. Recuerde que los mandos no funcionan.

* * *

Una a una el rayo perforó las distintas láminas, dejando un hueco circular por donde debía elevarse aquella antiquísima y rudimentaria cápsula.

Olstrom colocó la caja de combustible en el depósito y abrió los conductos.

La carencia de gases nocivos mantenía en perfecto funcionamiento cada uno de los mandos.

Los tres se instalaron en el interior ocupando las sillas colocadas en posición horizontal.

— ¿Para qué sirven esas correas? —preguntó Markam, señalando las que estaban a los lados de los asientos.

—Supongo que para sujetarse. Pero no hará falta, si colocamos un regenerador de gas pesado.

— ¿Cómo?

—Sacándolo del depósito. No nos llevará mucho tiempo.

—Está bien.

Markam se apresuró a efectuar la operación.

Valiéndose del «rayo» hizo una pequeña perforación en el laminado de la cápsula e introdujo una cánula que, previamente, había soltado de un pequeño recipiente.

Buscó, y encontró un inyector de gases con el que extrajo del depósito general la cantidad suficiente para introducirla en la caja, y que, inmediatamente, soldó con un sencillo soplete automático.

Olstrom cerró la compuerta y comprobó la atmósfera.

Cerró el contacto y abrió de nuevo.

—Perfecto.

Markam se llevó algunos instrumentos y subió a bordo.

— ¿Sabe manejar esto? — preguntó.

—Lo intentaré.

— ¿Puedo ayudarle?

—Usted encárguese de regular la presión y de ese par de botones que están a su lado.

— ¿Para qué sirven? Hay algo escrito en ellos, pero no entiendo nada.

—El último, según dice, es para colocar la cápsula en la posición que se desee. El otro... Déjeme ver... ¡Ah, sí! Es para la pantalla de televisión. No creo que sirva, pero cuando salgamos de aquí puede probarlo.

—Preparado, «señor» Olstrom —dijo el comandante.

El ex doctor manipuló la palanca de despegue.

El aparato comenzó a vibrar.

— ¿Qué es esto?

—La acción de los pequeños cohetes propulsores. No nos harán falta.

Soltó la palanca y pulsó la que correspondía al despegue.

La vibración cesó y la cápsula comenzó a elevarse.

— ¡Funciona! —exclamó el comandante.

—Ya se lo dije.

Olstrom accionó el mando de reducción de velocidad hasta salir a la superficie, luego soltó la palanca y pulsó un botón que en lengua extraña —que el ex médico parecía comprender perfectamente— decía «velocidad-máxima». La cápsula se elevó al espacio.

— ¿Esta es la máxima velocidad que puede desarrollar? —inquirió Markam.

—Sí.

—No vamos a llegar nunca.

—Quizá nos retrasemos un poco, pero le aseguro que llegaremos.

Sin embargo, aquella vez la fina percepción de Olstrom falló, porque no había contacto con algo muy esencial...

Capítulo X

—La presión disminuye, «señor» —advirtió Markam.

—Compruebe las reservas de gas pesado.

—Están casi a cero.

— ¿Cómo no pensé en ello?

— ¿En qué?

—Que la velocidad inferior a la normal nos mantendría más tiempo... Debimos llevarnos reserva de aire. Ahora ya es tarde.

— ¿Hay peligro? —inquirió Banah.

—No. Pero tendremos que utilizar las cuerdas. Cuando la atmósfera ambiental quede reducida a cero, sufriremos los efectos de la ingravidez.

Una vez sujetos a las correas, Markam descubrió una nueva contrariedad.

—Esto no puede consumir más combustible que nuestras naves.

— ¿Es que falla?

—Nos queda menos de la mitad. Es imposible.

—Debe de tener alguna pérdida. Compruébelo, comandante.

Markam intentó quitarse las ataduras, pero inmediatamente tuvo que desistir. La carencia del gas pesado dejaba ya notar los efectos de la ingravidez.

—Debe de haber algún botón. No... Es la palanca que está en lo alto. Vea de accionarla. Le dará la cantidad consumida en el avance.

Markam obedeció y enseguida lanzó un grito.

— ¡Es imposible! Gasta cinco veces más que una de nuestras naves. Sin embargo, el indicador solo anota la décima parte.

—Hay un escape. Es lógico. Hemos acoplado unos sistemas diferentes.

—Y ¿qué pasará cuando se termine? Estamos a medio camino y a este paso quedaremos detenidos.

—No se detendrá si salimos fuera para arreglar el escape. Por ahí debe de haber una cuerda.

—Deje. Yo saldré, «señor» Olstrom. Menos mal que me he llevado el soplete.

Markam se preparó para la salida, con una cuerda atada al cuerpo y sujeta por el propio Olstrom.

El cuerpo del comandante flotó unos instantes en el exterior hasta que sus botas de suela adherente se «clavaron» en el fuselaje de la cápsula.

Caminó con cuidado, mientras a través del micro-receptor solicitaba de Olstrom.

—Incline la posición. El depósito está en el lado opuesto y mis botas no se agarran lo suficiente. Parece como si el material se resistiera.

Olstrom dio la vuelta a la cápsula, pero en el viraje Markam resbaló y sus pies encontraron el vacío en que se hundió.

Olstrom, ocupado en los mandos, había soltado brevemente la cuerda.

— ¡Cuidado! —exclamó Banah.

Olstrom intentó sujetarla, pero le fue imposible.

La pequeña ancla que llevaba atada al extremo quedó prendida en la lámina de la parte baja del marco de la puerta y ello evitó que Markam se cayera.

Al comandante no le hubiera extrañado en absoluto ver a Olstrom, que una vez más desafiaba la ingravidez, pisando firme en el suelo de la cápsula hasta llegar a la cuerda de la que tiró.

— ¡Vamos, Markam! Puede subir.

—Tire, «señor».

—Estoy tirando —mintió Olstrom, que había dejado el áncora agarrada a

un gancho, seguramente dispuesto al efecto.

Markam comenzó a subir.

— ¿Por qué no tira? —preguntó Banah.

—Estoy haciendo una comprobación. No se preocupe.

La muchacha se tranquilizó cuando vio asomar la cabeza del comandante.

—No habría sido nada agradable perderme por ahí. ¡Eh! Pero usted no ha tirado.

—No, Markam. No he tirado de la cuerda. Ha subido usted por sí mismo...

—Esto no es posible...

—No piense en ello ahora y arregle de una vez el escape.

Poco después, el comandante regresaba con la misión cumplida.

La comprobación sobre el combustible dio como resultado un gasto normal.

—Bien, comandante. Ya no hay problemas.

Markam conectó la pantalla de televisión y sus ojos cambiaron bruscamente de expresión.

— ¡Una de nuestras naves! Parece que nos sigue.

—Establezca contacto.

Markam obedeció.

—Aquí comandante Markam de la «Quinta Estación», en ruta hacia la «Central Distribuidora». Vamos tres personas a bordo de una cápsula... ¿Cómo se llama? Si puede vernos transmita a través de la pantalla.

Según el sistema de comunicaciones el autopiloto o cajacomputadora tenía que responder a través de un mensaje en signos que quedaría reflejado en la pantalla.

Sin embargo, la llamada de Markam no obtuvo respuesta.

—No debe llegar nuestra señal —murmuró.

—Tiene que haber sido captada.

—No hay respuesta.

—Si refleja la imagen de la nave, tiene que captarnos.

—Repetiré... Aquí comandante Markam... —se interrumpió—. ¡Mire, «señor»! Está sacando los tubos.

—Intenta atacarnos —murmuró Olstrom mirando hacia la pantalla.

—Debe confundirnos con enemigos. Es a causa de este chisme...

—No. Este no es el motivo. Usted ha hablado y han captado el mensaje.

— ¿Cómo puede estar tan seguro?

—Fíjese en el número de la nave.

—No puedo verlo.

—Yo sí. Es el Y-712.

—No es posible verlo aún... Espere...

La nave se aproximaba por momentos. Markam comprobó que Olstrom había dicho bien. ¡Era el Y-712!

No se molestó en preguntar cómo pudo ver el número porque los tubos se colocaron en posición de disparo.

— ¡No puede hacer esto! —exclamó el comandante —. Nadie le ha dado la orden.

Olstrom, con voz grave y enigmática, replicó:

—Es automático, comandante.

—Pero no puede disparar sin una orden expresa.

—Apuéstese algo a que lo hará —musitó el ex doctor.

Y no se equivocó.

Capítulo XI

El chorro líquido que emanaba de uno de los tubos pasó prácticamente rozando la cápsula.

Solo la habilidad de Olstrom evitó que el impacto perforara el metal.

El ex doctor pulsó el dispositivo de freno e inmediatamente la cápsula se detuvo, con lo que quedó suspendida alejándose hacia abajo.

La nave pasó como una exhalación por encima de ellos, virando bruscamente.

Olstrom volvió a ponerla en marcha para salir a su encuentro, por la parte trasera, mientras otro chorro líquido intentaba desintegrarles.

—Deme el micro. Voy a hablar yo.

—Aquí, Olstrom, a nave Y-712. No se acerque, regrese a su base. Es una orden.

La respuesta inmediata fue una nueva descarga que solo la intuición de Olstrom pudo evitar.

—Acérquese tanto como pueda, «señor» —pidió el comandante—. Intentaré atacarla con mi «rayo». Creo que es la única solución.

— ¡Nos alcanzará primero! —exclamó Banah asustada.

Olstrom volvió a detener la cápsula que, inmediatamente, al perder estabilidad, evitó el nuevo ataque.

—Y-712. Le he ordenado que cese el fuego.

—Es inútil, señor... Voy a abrir la compuerta. Atacaré.

La cápsula de nuevo bajo control se colocó en línea recta a la nave atacante.

Markam sujetó el ancla de la cuerda al gancho y salió al exterior.

—Y-712 —insistió Olstrom—. Por última vez, cese el fuego.

Por fin la pantalla reflejó los signos de una respuesta que traducida decía:

VOY A DESINTEGRARLES

Incrementando la velocidad la nave dispuso los dos tubos delanteros en línea directa contra la cápsula.

—Dispare ya, Markam —exclamó Olstrom.

El tubo del comandante vomitó el pequeño pero efectivo rayo, que alcanzó la bóveda transparente de la nave, en el momento en que de ella surgían dos nuevos chorros de líquido.

Olstrom maniobró para evitar el choque.

—Lo hemos conseguido, «señor». He perforado la cabina.

La nave sin embargo viró para proseguir el ataque.

—No ha sido suficiente, comandante. Procure dar a la «Caja».

—De acuerdo, «señor». Preparado.

Olstrom hizo virar la cápsula bruscamente. La nave estaba otra vez de frente.

Markam, sin vacilar, pulsó el botón para que el rayo volviera a funcionar.

Pero la inestabilidad impidió alcanzar el blanco.

El fuego enemigo alcanzó de refilón una parte del vehículo espacial perforando la plancha.

— ¡Nos ha dado! —exclamó Markam.

—Inténtelo otra vez, comandante. Inténtelo antes de que nos destruya.

—Voy a saltar a la nave. Pase de lado.

—Es demasiado peligroso, Markam.

—Tengo que hacerlo, antes de que nos destroce.

La Y-712 se acercaba disparando. Olstrom evitaba ser alcanzado practicando un continuo zigzag.

Al fin, la cápsula se aproximó al costado. Markam estaba próximo a dar el salto con la ayuda de la cuerda.

Tomó el ancla y la arrojó al morro de la nave.

Quedó sujeta por entre la perforación del material transparente.

Markam se soltó y, con un esfuerzo tremendo, comenzó a subir, mientras Olstrom a través del micro-receptor le decía:

— ¡Vamos, comandante! ¡Suba! Puede conseguirlo sin esfuerzo... Suba.

Aquellas palabras parecieron alentarle. En aquel viaje Markam había aprendido a confiar en su eventual compañero.

Llegó al fin al boquete por el cual penetró, cuando la Y-712 se disponía a embestir a la cápsula.

Markam hizo funcionar su «rayo» contra la caja.

Instantáneamente, la nave quedó inmovilizada. Las luces se apagaron y comenzó a perder estabilidad.

— ¡Vamos a perderle! —exclamó Banah.

—No. Ahora nuestra velocidad es superior.

Y Olstrom dirigió su vehículo hacia la Y-712 que comenzaba a flotar en la oscuridad del Espacio Infinito.

Poco después, Markam era rescatado por Olstrom, que había acercado la cápsula hasta colocarse por debajo de la nave aguantándola y evitando su desplazamiento.

Con la ayuda de la cuerda, Markam pudo regresar con los otros.

Poco después, al reemprender la ruta, la Y-712 se perdía para siempre.

—Nunca comprenderé cómo ha podido atacarnos —exclamó el comandante.

—Sí. Es difícil explicarlo, pero... En todo esto, hay algo extraño, ciertamente.

—La única explicación es que alguien ha cambiado las instrucciones. Ya intentaron asesinarnos la otra vez. Y ahora ese ataque...

— ¿Tiene idea de quién puede ser, Markam?

— ¡No! No tenemos enemigos en nuestra Galaxia.

—El ansia de poder ha sido siempre la causa de los mayores desastres.

—El cuerpo de profesores ha sido escrupulosamente escogido y todo el personal de los hangares es de la máxima confianza. Por otra parte, ¿quién podría beneficiarse con matarnos a usted y a mí?

—Eso es lo que me pregunto y me aterra la respuesta.

— ¿Por qué?

—Porque usted, comandante, ignora muchas de las cosas del pasado. Le sorprenden las técnicas antiguas, pero es hombre inteligente y con mucho valor. Lo ha demostrado...

—Bueno... No podía cruzarme de brazos. Soy soldado, después de todo.

—Y un hombre leal. Avernon debe de confiar mucho en usted, cuando le ha elegido para que me acompañara.

—Y para que le protegiera. Aunque, en realidad, no sé quién protege a quién.

—Ahora ha sido usted el protector. Yo no soy técnico en pasar de una nave a otra, ni experto en luchas que siempre he odiado. En cambio, usted no... Tal vez, para los planes de quien ha ordenado matarnos, le estorban los hombres de su temple. En «Vía Aurelia» le impresionaron los felinos gigantes, pero no dio un solo paso atrás...

—No me halague, «señor». A veces, siento miedo.

—Porque no ha logrado dominarlo, pero es muy propio de los hombres de calidad sentirlo. No es el único.

— ¿Y pretenden matarme solo porque soy leal? ¿Yo? ¿Un hombre solo?

—Es posible que otros, en estos momentos, estén sufriendo ataques parecidos.

— ¿Y usted? ¿Por qué quieren librarse de usted?

—Si es por lo que pienso... no les faltan motivos para temerme.

—Y ¿qué piensa?

—No precipitemos acontecimientos, Markam. La respuesta de todo la encontraremos, sin duda, en la «Central Distribuidora».

El viaje prosiguió, mientras Markam se preguntaba qué había querido decir Olstrom y qué se ocultaba detrás de todo aquello.

El ex médico parecía sumido en hondas reflexiones que turbaban su estado de ánimo.

El comandante preguntó súbitamente:

—Si nos ha atacado la Y-712 por orden expresa de alguien, no comprendo por qué no le acompañaba la nave con la que llegamos a «Vía Aurelia».

—No le extrañe, comandante. Aquella ya no podrá volver atacar a nadie.

— ¿Acaso la inutilizó?

—No. Le di órdenes concretas de no moverse... Y me obedeció —luego, frunciendo el entrecejo, añadió—: Lo que no comprendo es por qué la Y-712 se negó a cumplir mis órdenes... Eso es lo más extraño.

—«Señor», antes hizo usted dormir a Banah. Sabía su nombre antes de que ella se lo dijera. Más tarde, consiguió hacerle recordar lo que había olvidado... Consigue usted vencer la ingravidez... ¿Qué se esconde detrás de sus ojos, de su rostro?

—Lo que tienen todos, comandante. Ni más ni menos: un cerebro.

Capítulo XII

La «Central Distribuidora» tenía forma de cruz. Una cruz enorme, completamente circular y hueca.

Giraba acompasada a la rotación de los cuatro planetas unidos cada uno de ellos por los cuatro lados de esa cruz, que servían de puente de comunicación a los distintos mundos.

El movimiento conjunto era no solo de rotación sino de traslación.

Un «Quinto Planeta» lejano mandaba sus rayos cálidos que rompían la monótona oscuridad, iluminando aquel lugar del Espacio y proporcionándole una temperatura ambiente francamente agradable.

El termómetro señalaba los 73,4 grados.

De lejos, y antes de entrar en la zona de influencia o gravedad conjunta, la distancia en kilómetros entre uno y otro extremo de un brazo de la cruz; habría podido estimarse en unos mil kilómetros, y casi idéntica distancia regía para el otro brazo.

Los cuatro globos ligeramente achatados por los lados libres del puente tenían una circunferencia, cuyo diámetro no sobrepasaba los dos mil kilómetros.

No había mares —mares con agua— y tampoco existía luna alguna, por lo que no se conocían las lluvias. Sin embargo, en uno de ellos, el llamado Yurisa, existía exuberante vegetación gracias a un sistema de canales construidos aprovechando un manantial que manaba del subsuelo. La superficie carecía de accidentes considerables. Algunos montículos de roca caliza, inhóspitos y deshabitados que ocupaban una cuarta parte del planeta constituían las únicas alturas de poca consideración.

El Yurisa II estaba en el extremo opuesto y, aunque las características eran similares, se había habilitado como base de operaciones y estudios para futuras conquistas del cosmos.

Los laboratorios, escuelas para adiestramiento de hombres. Universidades científicas y demás estamentos propios para la promoción de la ciencia y de las armas ocupaban toda la superficie habitable. El resto compuesto de antiguos cráteres constituía un vasto campo de pruebas para instrumentos.

El Sub-Yurisa, tercero de los planetas, era rico en minerales y de sus entrañas excavadoras automáticas extraían las riquezas necesarias para la subsistencia de los planetas hermanos.

Por fin, el cuarto, pese a recibir los mismos beneficios de los rayos cálidos del astro bajo cuya órbita giraban, era un gran desierto y por consiguiente estaba deshabitado.

Es decir, deshabitado en cuanto a permanencia fija, porque el profesor Logos lo adquirió en propiedad para instalar un balneario de recreo.

Conductos especiales llevaban el agua a las instalaciones, que habían sido estudiadas a fin de que el viajero o turista no careciera de ninguna de las comodidades propias de su hogar habitual.

En realidad, la gente vivía bien, sin preocupaciones y el disfrutar de una temporada de balneario no significaba, en realidad, mejorar de ambiente, sino únicamente cambiar el ocio doméstico y la visión de lo cotidiano por el paisaje distinto y sorprendente del gran desierto que ofrecía la rara cualidad de que sus arenas cambiasen de color varias veces en el transcurso de una rotación completa que duraba Diez Luces[3].

Cuando la cápsula tripulada por Olstrom llegó a la plataforma central en la misma confluencia de los brazos de la cruz, algo raro flotaba en el ambiente.

El comandante Polan, jefe de los servicios de recepción y distribución de la Central recibió personalmente a los recién llegados.

—El profesor Avernon les espera hace tiempo. ¿Qué les ha sucedido a ustedes?

—Es una larga historia, Polan —replicó Markam—. Hemos tenido dificultades.

Como si hasta entonces Polan no hubiese reparado en la presencia de la muchacha, exclamó:

— ¿Cómo vienen con una mujer?

—Forma parte de la historia, Polan —sonrió el comandante Markam.

—Al profesor no va a gustarle.

— ¿Qué hay de malo? —inquirió Markam—. ¿Acaso está vedada la entrada a las mujeres?

—En las actuales circunstancias resulta altamente peligroso. Vengan. Los profesores están reunidos en el Desierto.

— ¿Por qué en el Desierto?

—De momento, es el único sitio seguro.

— ¿Qué es lo que pasa aquí, en realidad?

—Si lo supiéramos... —el comandante jefe miró a Olstrom y preguntó—: ¿Es pariente suya la señorita?

—La encontramos en «Vía Aurelia»...

— ¿Qué han ido a buscar a «Vía Aurelia»?

Olstrom cortó:

—Comandante Polan, si el profesor nos espera, llévenos cuanto antes hasta él.

—Sí, desde luego. Tengo preparado el bólido.

Polan, de aspecto nervioso e inquieto, miró a Banah y añadió:

—La señorita deberá quedarse en la central. Dispondré para ella de una cámara de seguridad.

— ¿Qué?

Markam frunció el entrecejo.

—Son las órdenes.

— ¿Por qué van a encerrarla?

—Es la única manera de que esté segura.

Banah sabía perfectamente lo que era una cámara de seguridad; un cuarto aislado cerrado con cuatro paredes herméticas, utilizado preferentemente en

casos de epidemia o como lugares de castigo para los escasos delincuentes.

—No quiero que me encierren. He vivido muchos períodos encerrada.

—Lo siento. Repito que es para su seguridad.

—Está bien —accedió Markam—. Pero quiero aclarar esto inmediatamente con el profesor.

—Sigan. Mi ayudante les conducirá hasta él.

Los dos hombres se marcharon. Antes Markam tomó por los hombros a la joven, prometiéndole:

—Pronto me reuniré con usted, Banah. No tema.

A una seña hecha con el chasquido de los dedos, el ayudante de Polan se presentó con el bólido: un vehículo sin ruedas para cuatro personas, que utilizaba una zona protegida con una valla metálica, a un lado de la amplia avenida que se perdía en línea recta a quinientos kilómetros de distancia, en dirección al planeta Desierto.

No había volante, ni mando alguno en el bólido. Únicamente dos micros.

El ayudante de Polan, que se presentó a sí mismo como Tork, se limitó a decir a través del micro de la izquierda:

—A toda marcha.

El bólido se deslizó a gran velocidad.

En breves momentos recorrieron los cinco kilómetros.

A la salida de aquella interminable avenida, Tork anunció:

—Freno.

Y el bólido se detuvo suavemente.

A poca distancia, se encontraba el edificio del balneario.

La edificación de mediana altura era completamente transparente, si bien algunos de los cristales —o elementos— que constituían los tabiques podían cambiar la transparencia por la opacidad con la sola pulsación de un botón.

Tork condujo a los dos hombres al salón del primer piso, donde estaban reunidos, en una larga mesa que presidía el profesor Avernon, todos los hombres que regían el destino de la Galaxia V.

Cuando Avernon, un hombre de apariencia robusta y cabeza rapada, vio a Olstrom, se dirigió al resto de los hombres para pedir:

—Disculpen. En cuanto haya hablado con el «señor» Olstrom, volveré con ustedes. Comandante, usted puede quedarse aquí.

—Sí, profesor.

Y mientras Avernon se alejaba con Olstrom hacia una cámara privada, los otros acosaron a preguntas a Markam.

— ¿Quién es ese hombre?

— ¿De dónde viene?

— ¿Cuál es su planeta?

— ¿Por qué confía en él el profesor?

— ¡Por favor, señores! —cortó abrumado el comandante—. Yo no sé nada, y también ardo en deseos de averiguar qué ocurre aquí.

Todos los reunidos dejaron de mirarle volviendo sus rostros

cariacontecidos.

Sí. Algo grave estaba sucediendo. Algo muy grave...

Capítulo XIII

La exposición de los hechos que hizo Avernon fue escueta, directa, sin florituras ni subterfugios. Era su sistema.

—Primero: ha sido necesario evacuar Yurisa. Todos los mecanismos automáticos de las viviendas parecen haberse vuelto contra sus dueños. No obedecen las órdenes y destruyen cuanto les es posible alcanzar. Los robots de vigilancia atacan a la gente a la que debieran proteger, otras han quedado inmovilizados, inservibles. Y las órdenes dadas desde control no surten el menor efecto.

»Segundo punto. Algunos de esos robots consiguieron averiar el sistema de iluminación y aprovechando la confusión raptaron a varias mujeres que no han vuelto a ser halladas.

»Tercero. Las excavadoras de Sub-Yurisa han dejado de funcionar, lo cual representa una pérdida diaria de incalculable valor.

»Cuarto y último. Los hombres de Yurisa II, tanto el ejército como las naves de guerra, han desaparecido. ¿Me explico? Desaparecido... Igual que los profesores de estudio, los alumnos y el personal de los servicios. No hay nadie. Sin embargo, la fábrica automática sigue produciendo.

Olstrom carraspeó.

—Bien. Dígame las causas más probables.

—Solo puede haber una. Y usted puede descubrirla, por eso le mandé llamar.

— ¿Qué causa es esa?

—Hace tiempo existe un velado desacuerdo entre la cámara de gobernantes que presido. Se pretende variar algunos sistemas que la mayoría juzgan perjudiciales para la comunidad. Por otra parte, y siempre de forma velada, se han recibido transmisiones anónimas pidiendo sea atacada la base de Corbeka.

— ¿Corbeka?

—Sí. Es independiente. Sus habitantes viven con un cierto retraso, pero a su modo son felices. Siempre he sido partidario de no interferirme en los asuntos ajenos. Además no nos interesa Corbeka, no tenemos problemas de Espacio Vital. Está en proyecto la habilitación del Desierto. Prolongando el sistema de canales y transformando la arena puede convertirse en un planeta habitable. Las obras se han retrasado a causa del fallo automático.

— ¿Sospecha de alguien en particular?

—No me gusta citar nombres. En todo caso, el profesor Logos sería el más perjudicado, porque se le concedió la propiedad hasta tanto la comunidad no quisiera disponer del territorio para disfrute de todos. Ello no quiere decir que acuse a Logos...

—Bueno. Explíqueme el sistema de funcionamiento de la fábrica.

—Es totalmente automática. Se realizó la infraestructura, se desarrollaron los esquemas mediante el viejo sistema de perforación laminada. Las computadoras ratificaron el proyecto y se procedió a la construcción del edificio.

— ¿Cómo funciona el automatismo?

—Un cerebro general rige las funciones de cada herramienta por el mismo método que se transmiten los mensajes a través de las pantallas.

— ¿Qué haría falta para variar el sistema?

— ¿Qué quiere decir?

—Supongamos que alguien trate de cambiar los fines esenciales de cada arma, objeto, robot, mesa-automática, o nave que salga de la fábrica, a fin de invertir la razón por la que ha sido creada.

—Constituiría un trabajo enorme. Habría que cambiar la disposición de los elementos del cerebro, y no es tan fácil. Porque, además, la fábrica tiene un sistema de autodefensa, y el cerebro rector sería el primero en dar la alarma.

—Muy curioso —murmuró Olstrom pensativo.

—Tenga en cuenta que el cerebro rige las funciones de los aparatos destinados a toda nuestra Galaxia.

—Tres de ellos intentaron ya hacerme una jugarreta.

Y explicó brevemente lo sucedido, desde el intento de asesinato con ácido corrosivo, pasando por el desvío de ruta de la primera nave hasta el ataque de, la Y-712.

—Entonces —replicó el profesor— usted mismo habrá podido comprobar que mis palabras se ajustan a la realidad.

Tras una pausa, Olstrom preguntó:

— ¿No basta una orden dada verbalmente para que todo objeto automático

obedezca o responda por medio de las pantallas?

—Sí.

—Entonces ¿no es posible que ese «alguien» hipotético haya dado una orden al cerebro para variar el sistema?

—Eso es totalmente imposible. El cerebro, suponiendo que no hubiese dado la alarma por la nueva orden, puede cambiar una pieza... que seguramente no encajaría, pero le es imposible «ordenar» a los robots, por ejemplo, que ataque a la gente o rapten a las mujeres.

— ¡Raptar a las mujeres! —repitió Olstrom, como si tratara de forzar la memoria buscando un precedente.

—Estos son los hechos.

—Profesor... Sinceramente... Ese cerebro... ¿está bajo su control?

—Sí.

—Sin embargo, acaba de afirmar que no es posible acercarse a la fábrica sin peligro de ser atacado.

—Sí.

—Luego ¿dónde está el control?

—Es el sistema de autodefensa de que le he hablado.

—Denle la orden a través de la radio.

—No funciona.

— ¿No puede arreglarse?

—Habría que ir a la fábrica. Es un círculo vicioso.

—Luego existe un fallo.

—No es posible.

—Es más que eso: es evidente.

—Le repito que no es posible que haya fallos.

—La radio...

—Una interferencia con la emisora...

—Que también rige el cerebro —concluyó Olstrom.

—Desde luego.

—En una palabra, profesor, la máquina ha superado al hombre. Han creado algo que se vuelve contra ustedes.

— ¡Olstrom! No le he rogado que viniera para que me dé su opinión.

—No quiere admitirlo, profesor Avernon.

—Olstrom, lo que quiero de usted es que descubra al culpable. No importa quién sea ni de los métodos que se valga. Alguien está trabajando peligrosamente en perjuicio de todos. Podría ser el fin de nuestros planetas.

—Supongo que no será la primera vez que ocurre algo así. Ni la última...

—Búsqueme a ese culpable. Usted puede hacerlo. Lo demostró al curarme... Adivina el pasado, presiente el futuro. Tiene un poder superior al de los demás.

Olstrom sonrió.

—No es ningún poder, profesor. Créame. No hay nada sobrenatural en mi proceder... Hago simplemente uso de mis sentidos. Yo no pienso en la técnica,

sino en el «más allá».

— ¿El futuro?

—En la vida de todo ser no hay pasado, presente ni futuro. Todo está ante nosotros. «Ha sucedido». «Tiene que suceder» O... «Está sucediendo»... Son palabras. El hecho es uno e intemporal.

—No puedo entenderle, Olstrom... Pero ayúdeme.

—Lo haré, profesor. Ahora mismo.

Capítulo XIV

Si en Yurisa-Desierto o en toda la Galaxia hubieran conocido en su lenguaje el significado de la palabra hipnotismo, toda la terna de profesores que, con las cabezas postradas sobre la mesa, parecían dormir plácidamente hubiesen comprendido que Olstrom acababa de hipnotizarles colectivamente, incluyendo al comandante Markam, testigo excepcional de la reunión.

Olstrom preguntó uno a uno, con cierta repugnancia, sus anhelos, sus íntimas ambiciones y apetencias.

El ansia de poder se manifestaba de un modo u otro en cada cual.

Riker, el segundo en el mando, después de Avernon, manifestó:

—Mis conocimientos son superiores a los de Avernon. Debería ocupar su puesto en el Consejo, pero le prefieren a él.

Avernon, presente y testigo de la extraña sesión, tragó saliva. Miró incrédulo a su colega y amigo, y sacudió la cabeza, como si no comprendiera nada de todo aquello.

—Está descubriendo algo nuevo, ¿verdad, profesor? —preguntó Olstrom dirigiéndose a Avernon.

—Nunca hubiese supuesto...

—Espere. Todavía no hemos llegado al quid de la cuestión. Recuerde que usted me pidió que hallara a un culpable.

Se volvió hacia Riker.

— ¿Qué haría usted por desbancar a Avernon?

—Me gustaría ponerle en ridículo.

— ¿Y matarle? ¿Le mataría usted si con ello supiera que tiene que reemplazarle?

— ¿Matarle?

Riker vaciló.

—Sea sincero. ¿Le mataría?

—Tal vez...

—Es miedo, ¿verdad, profesor Riker? No le matará usted por miedo... Pero en cambio destruiría los planetas por medio de ese cerebro rector con tal de que nadie pudiera acusarle y hacer un mundo a su gusto.

—No. No... Yo quiero el bien de todos. Alcanzar la perfección. No destruiría nada...

— ¡Basta, Olstrom! —pidió Avernon.

—Por lo menos, sabemos que él no es capaz de destruir a sus semejantes. Solo le odia a usted.

Avernon se volvió hacia el ventanal opaco, mientras le tocaba el turno a Logos.

—Si Desierto se convierte en zona habitable le van a echar de aquí, profesor Logos —empezó, seguro, Olstrom.

—Sí.

—Y usted no quiere perder su propiedad, ¿verdad?

—No.

— ¿Qué hará para evitarlo?

—Lo expondré claramente al Consejo. Hay otros lugares para expansionarnos. El planeta Corbeka, por ejemplo.

—Sí. Ya sabemos que usted lanza los mensajes anónimos pidiendo la invasión de Corbeka.

—Sí. Yo lo hago.

— ¿Y no le importa la matanza de seres inocentes, con el fin de que usted no pierda su Desierto?

—No es eso. Yo miro el bien de la mayoría.

—A costa de la muerte de unos pocos.

—Preferiría no matar a nadie. Preferiría plantear el asunto a los gobernantes de Corbeka.

— ¿Y si se negaran a someterse al mando del Consejo de la Galaxia V?

—Les declararíamos la guerra.

—Y comenzarían las muertes.

—Duraría poco. Somos más poderosos.

—Ahora no; profesor Logos. Se han quedado sin armamentos, sin naves, el automatismo se ha vuelto contra todos.

—Sí.

—Y usted es el causante de ello, ¿verdad?

—No. Yo nunca haría nada semejante.

—Está bien, profesor. Es lo que deseaba saber.

Olstrom se volvió hacia Avernon.

—Su sospechoso número uno es inocente.

—Yo nunca le acusé. Dije únicamente que podía ser él. ¡Alguien tiene que ser!

—Sí. No cabe duda.

—No lo comprendo —Avernon se mesó los plateados cabellos que daban

nobleza a su rostro—. Fuera del Consejo no puedo pensar en nadie.

—Nos hemos dejado al comandante Markam —sonrió Olstrom con cierta amargura.

— ¡Él no! Es fiel. Daría mi vida por mí.

— ¿Está seguro?

— ¡Oh, Olstrom! Ya no creo en nada. Háblele. Pregúntele...

—No, Avernon. Aprecio a Markam. Yo no hago eso con quien aprecio, sino es para ayudarle.

— ¿A nosotros nos desprecia?

—Les compadezco. Pero voy a continuar.

—Ya no queda nadie más —replicó el profesor—. Puede despertarlos.

—Todavía no. Falta uno.

—Usted ha dicho que no haría preguntas al comandante Markam.

—No. Le he dormido únicamente para que fuera testigo de tantas cosas desagradables. Él tiene fe en sus congéneres. Todo ese mundo de ambición le hubiese desmoralizado.

—Tiene razón... Entonces dejémoslo.

—No, profesor. Sigue faltando uno.

—Pero ¿quién?

—Usted —respondió Olstrom, mirándole fijamente.

Tras un silencio Avernon reaccionó.

—No pretenderá...

—Duérmase, profesor...

—Pero...

—Solo yo conoceré sus secretos.

—No puedo consentir...

—Usted dormirá... Necesito probarme a mí mismo que lo que vengo pensando es cierto, y no lo sabré hasta tener la seguridad.

—Usted no puede suponer...

—Tranquilícese, Avernon. Necesito esa prueba final, si de veras quiere que ayude a su mundo.

Capítulo XV

La resistencia de Avernon fue nula.

Quedó dormido.

Cuando despertó, justamente con los demás, no recordaba en absoluto lo que había dicho, pero estaba visiblemente pálido.

—Olstrom... Es necesario que hable con usted.

—Desde luego.

—En privado.

—Sí. Cuando quiera.

Avernon disolvió la reunión, mientras todos se preguntaban y pedían información sobre las normas a tomar.

—Primero tengo que hablar con Olstrom. Se les llamará. ¡Profesores!

Ninguno sabía exactamente lo ocurrido. Únicamente Avernon, quien solo recordaba las respuestas de sus colegas, pero ignoraba las suyas.

Markam, antes de retirarse, preguntó al profesor:

—Permita que cuide personalmente de la señorita Banah. La han encerrado.

—Para su seguridad —replicó Avernon.

—Conmigo no tendrá nada que temer.

—Bien, Markam, cuide de ella. Pero, si le necesito, vuelva a dejarla en una cámara de seguridad. Es lo más aconsejable.

—Si usted lo ordena, profesor...

—Sí, Markam. Es una orden. Retírese ahora.

El comandante saludó a los dos hombres y se alejó.

Una vez a solas Avernon se encaró con Olstrom.

— ¿Qué ha conseguido? —inquirió con una mezcla de temor y de autoridad a la vez.

—Entre todos me han dado la clave.

—Pero yo...

—Usted también.

— ¿Qué he dicho?

—Exactamente lo que pensaba.

—Yo no tengo nada que ver con lo que ocurre.

— ¿Está seguro, profesor Avernon? —preguntó Olstrom observándole con fijeza.

— ¡Claro que lo estoy!

—No. No puede estarlo.

— ¿Qué le he dicho? —insistió en saber.

—Nada que no supiera.

—Yo no puedo haber dicho...

—No se preocupe. Igual que los otros busca la perfección. Odia las guerras y desea el bienestar para sus semejantes. No tiene ninguna ansia de poder. Es amante de su hogar y se mata trabajando horas y horas en busca de nuevos adelantos.

Avernon lanzó un suspiro.

—No está mal, ¿verdad? —siguió Olstrom.

—Esas han sido siempre mis miras.

—Solo que, sin querer, ha entregado todos los que gobierna a manos del enemigo.

— ¿Yo?

—Sí, Avernon. Usted y solo usted.

—No le entiendo. Acaba de decir...

—Acabo de repetir sus palabras, basadas todas en anhelos. Sin embargo, ha cometido un error que ahora puede costarle muy caro.

— ¿Qué error he cometido?

—Entregar las verdaderas riendas del poder en manos de una máquina.

—Yo... —balbució el profesor con cierto abatimiento.

—También lo ha confesado, Avernon. La fábrica es la sede del Cerebro. Su puesto de mando. Desde allí una simple máquina modelo de perfecciones, como jamás nadie pudo soñar, funciona a su entero placer. Y está fuera de su control. Ningún humano puede ya detenerla.

—Yo no creí...

—No. ¡Usted no creyó! Pero ha construido el módulo más infernal. Un ser irracional de una inteligencia superdotada, pero sin corazón.

—Hay que hacer algo, Olstrom...

—Sí. Destruir el Cerebro antes de que nos destruya a todos.

— ¿Puede hacerlo?

—Es arriesgado. Conseguí paralizar una nave, pero la segunda no me obedeció. Y me pregunto el motivo.

—No puedo contestarle. Yo no conozco las limitaciones de sus sentidos.

—No se trata de esto. Las máquinas no son personas. Si están hechas iguales todas tienen que obedecer a las mismas órdenes, porque son simples objetos automáticos.

—Tendrá toda mi ayuda —prometió el profesor.

—Esto debo hacerlo solo. Enfrentaré mi cerebro al que usted ha creado.

— ¡Que tenga suerte, Olstrom!

—Si salgo vencedor, voy a destruir su obra, profesor.

—Estoy de acuerdo, Olstrom.

Cuando Olstrom, tras un breve silencio, iba a tomar la puerta, Markam entró precipitadamente.

— ¡Olstrom! Disculpe, profesor... Ha ocurrido algo terrible. Las puertas de las cámaras de seguridad han sido destruidas con rayos continuos, y las mujeres raptadas por los robots. En la Central reina el más espantoso caos.

— ¿Y Banah? —inquirió Olstrom.

—También se la han llevado. Polan asegura haber visto una de nuestras naves de la serie Y alejarse en el espacio.

— ¿En qué dirección? —preguntó Olstrom.

—Puedo señalarlo en la pantalla.

— ¡Vamos! —ordenó el profesor.

Capítulo XVI

La señal reproductora de imágenes, marcó en la gran pantalla del edificio de tráfico, una especie de mapa espacial.

Markam señaló la ruta seguida por la nave de la serie Y en la que se suponía viajaban las mujeres raptadas.

—Es extraño. No existe ningún planeta conocido en esta ruta.

— ¿Qué es esto? —preguntó Olstrom, señalando un pequeño punto.

—Un satélite del Astro.

—Demasiado próximo —adujo Markam—. Las radiaciones son demasiado intensas para permanecer ahí.

Olstrom quedó pensativo.

— ¿Pueden seguir la trayectoria de la nave?

El profesor pulsó otro botón y enseguida apareció la imagen de la nave.

Fue una visión fugaz, porque la pantalla se oscureció.

—Otra vez el Cerebro... —murmuró el profesor.

—Adivina todas nuestras intenciones —lanzó el comandante Markam.

Olstrom le miró unos instantes y exclamó:

—Repita eso, comandante.

— ¿Qué?

—Lo que ha dicho antes.

—Que adivina todos nuestros pensamientos,

— ¡No! Ahí está su punto débil. El cerebro mecánico solo puede defenderse y atacar, según ve, pero jamás adivinar. Utiliza a su antojo los medios de que dispone según fue construido. Puede incluso pensar, pero no tiene subconsciencia, carece de sentidos... Sí. Ese es su punto flaco.

— ¡Cuidado! —exclamó Markam—. Puede oírle. La conexión de la pantalla está abierta.

—No importa. Sabe que le voy a atacar, pero no sabe la clase de armas que emplearé. Ese será ahora su problema... Y no logrará resolverlo.

— ¿Qué piensa hacer?

—Hipnotizarle...

— ¿Lo cree posible?

El profesor cerró el contacto.

—No importa que «me oiga». ¿Acaso alguien le ha hablado de la hipnosis? —añadió Olstrom.

— ¿Lo cree posible?

—Se lo diré en cuanto lo haya intentado.

—No podrá acercarse. Funcionarán las autodefensas —dijo el profesor.

—Con unos hombres bastarán para cubrirme mientras llego al interior de la fábrica.

—Cuente conmigo —adujo Markam.

— ¿De quién disponemos? —preguntó Olstrom.

—Llamaré a Polan para que reúna a los hombres. No son soldados...

—Sí, ya sé. Los auténticos han desaparecido... Lo cual quiere decir que el Cerebro no está demasiado seguro de su victoria.

—Voy a llamar a Polan. Mientras, Markam, busque las armas disponibles.

—Sí, profesor.

— ¿Disponen de algún traje antirrayos? —preguntó Olstrom.

—Venga conmigo, «señor» —replicó el comandante—. En el almacén encontraremos algo.

Los preparativos se hicieron rápidamente. Pronto estuvo todo dispuesto.

* * *

El almacén de emergencia no había sido violado. Los guardas-robots permanecían en estado inmóvil, insensibilizados a la acción.

Mientras los dos hombres seleccionaban el material. Olstrom comentó:

—Lo mas extraordinario es que los robots se hayan dividido en dos bandos. Los unos han quedado inservibles mientras los otros obedecen al Cerebro... No acabo de comprenderlo.

—Quizá la razón esté en la época en que fueron fabricados.

—No se me había ocurrido... ¿Acaso se varió la fórmula?

—No estoy muy seguro, señor Olstrom. Pero creo que, cuando se consiguió la automatización total, se variaron ligeramente las fórmulas primitivas. Hable con el profesor Avernon.

—Sí. Desde luego, lo haré.

Polan llegaba con diez hombres, en aquel preciso momento.

—Es todo lo que he podido encontrar. Los demás son demasiado viejos para luchar.

—Nos arreglaremos, Polan —replicó Olstrom.

Avernon llegaba con otra mala noticia.

—Los bólidos se niegan a obedecer las órdenes. ¿Cómo llegarán hasta la fábrica?

—Con la cápsula, profesor. Haga que alguien la provea de combustible.

—Pero solo caben tres personas —recordó el comandante Markam.

—Arranquen las sillas y quiten todo lo innecesario. Nos colocaremos como podamos. No se trata de un vuelo espacial, sino de un simple medio de locomoción dentro de la zona de atracción de los Yurisa.

Polan se apresuró a cumplir las órdenes del extraño. Olstrom.

Poco después, los hombres equipados y armados esperaban la cápsula que Polan había provisto ya de combustible.

Olstrom, entretanto, preguntó al profesor sobre la importancia de los cambios producidos entre los primeros robots mecánicos y los de fabricaciones posteriores.

—Esencialmente, no existe diferencia, excepto en la verificación.

— ¿Cómo se hacía en los primeros tiempos?

—El Cerebro se limitaba a comprobar cualquier defecto técnico, pero la fabricación corría a cargo de otras máquinas, impulsadas por hombres.

Olstrom sonrió.

—Ahí está la diferencia.

— ¿Cuál?

—En que antes el Cerebro solo se limitaba a verificar, pero la parte mecánica aún construida por las máquinas era guiada por la mano del hombre; aun no podía introducir ningún cambio aunque hubiese querido, porque el Cerebro lo hubiera descubierto de inmediato.

—Pero ahora...

—Ahora, profesor, el Cerebro tiene plenos poderes en la construcción. Fabrica y verifica sin interferencias.

— ¡Es monstruoso pensar que una máquina pueda pensar por sí misma y destruir a su antojo!

—Sí. Pero terriblemente cierto, profesor —concluyó Olstrom mientras la cápsula tripulada por Polan llegaba por los aires.

Cuando el comandante descendió sus primeras manifestaciones se refirieron al rudimentario armatoste.

—Los que fabricaron esto no podían pensar en ir demasiado lejos.

—Sin embargo, llegaron hasta «Vía Aurelia» —replicó Olstrom.

— ¿Desde dónde?

—Eso no lo sabremos nunca... Aunque posiblemente fueran del planeta Tierra.

— ¿Tierra? ¿A qué Galaxia pertenece? —inquirió el profesor.

—Lo ignoro.

—Debe de ser un planeta extinguido.

— ¡Quién sabe! —exclamó Olstrom subiendo a la cápsula.

Instantes después, con trece hombres apiñados en el interior de aquel

vetusto vehículo espacial, volaban hacia el Yurisa II para atacar al Cerebro...

En realidad iba a ser una lucha entre dos colosos... Entre dos puros Cerebros.

Capítulo XVII

Los tubos de autodefensa soltaron chorros continuos de líquido amarillo contra la modesta cápsula.

Markam había asumido el mando de la reducida tropa.

—Hay que abandonar la cápsula —ordenó—. Utilicen los voladores.

—Es peligroso —comentó uno de los soldados.

—No. El peligro está aquí. Si destruyen la cápsula pereceremos todos.

Olstrom abrió la compuerta y uno a uno los doce hombres saltaron

amparados por los «voladores»[4].

Olstrom fue el último, dejando que la cápsula, sin mandos, se estrellara contra el suelo, mientras él descendía entre las llamaradas de aquel líquido amarillo.

Una vez en el suelo, los soldados, sin más parapeto que sus trajes antirrayos avanzaron en despliegue accionando sus «rayos continuos» contra las puertas metálicas.

Olstrom, en la retaguardia, esperaba el momento de echar a correr para entrar dentro de la fábrica.

El edificio de gran altura, metalizado y hermético semejaba una gran caja de aluminio o acero. Solo que de cada uno de los cuatro lados surgían los terribles tubos que no cesaban de vomitar aquel líquido de muerte.

Markam a la cabeza de sus hombres disparó contra la plancha para perforar el material.

Polan fue el primero en darse cuenta de la anomalía.

—Los rayos son inofensivos. La puerta sigue intacta.

—No es posible...

Un grito aterrador hizo volver la cabeza al resto de los hombres.

Uno de ellos convertido en antorcha humana se estaba consumiendo.

— ¡Los trajes! —exclamó Polan.

—Combustionan... Esto no es normal —espetó otro.

—No contábamos con esto. El Cerebro ha cambiado el carburante líquido y ha modificado las planchas. Nunca conseguiremos perforar las puertas.

Olstrom, pegado al suelo, salió corriendo mientras un chorro de líquido intentaba alcanzarle.

Llegó hasta la pared, único sitio donde los tubos no podían alcanzarle. Los demás, pegados a la lámina metálica, se mantenían a cubierto del ataque interior.

— ¡Estamos atrapados! —masculló uno de los hombres.

—Tiene que existir alguna solución —adujo Markam.

—Disparen sus rayos a la menor distancia posible. ¡Todos a la vez! —sugirió Olstrom.

Lo hicieron.

—Apunten al mismo sitio —ordenó Markam.

Pero el resultado fue el mismo.

Polan golpeó con el puño la plancha. Olstrom murmuró:

—No parece muy gruesa.

—Nunca podría derribarla —afirmó Markam.

—Cargando contra ella, podría intentarse.

—Se precisaría de una fuerza muy superior a la normal. Está comprobado.

— ¿Ha dicho superior?

— ¿En qué está pensando? —preguntó Markam, que presagiaba una de las ideas luminosas de Olstrom.

—Es demasiado absurdo, pero...

Sacó su estilete y trató de clavarlo contra la lámina metálica.

No lo consiguió.

—Sin embargo, no es difícil arrancar un pedazo de basalto —murmuró.

—Es cierto.

—Sería insuficiente para cortar una roca tan alta como una puerta normal.

—Por supuesto...

—En «Vía Aurelia» alguien arrancó una enorme roca, Markam. ¿Recuerda?

— ¡Los gatos!

—Exactamente.

—Pero...

—Ellos pueden ser nuestros aliados ahora... Solo necesitaría una nave lo suficiente grande.

— ¿Para traer los gatos?

—Sí, Markam.

—Aunque dispusiera de esa nave, sería muy arriesgado.

—Son inofensivos, Markam. Se lo dije. Excepto si algo les enfurece.

— ¿Podría obligarles a venir?

—Creo que sí. Consígame esa nave.

—Es imposible. Están todas bajo control del Cerebro, y además han desaparecido.

—Todas menos una, Markam. La que dejamos en «Vía Aurelia».

—Usted no quiso cogerla entonces...

—Porque empezaba a sospechar que todo esto era obra de las máquinas automáticas. Pero ignoraba la diferencia de métodos en el proceso de fabricación. Esto me da alguna ventaja. Si la Y-540 me obedeció una vez, puedo tenerla bajo mi control de nuevo. En todo caso, es un riesgo que debo correr.

—Sí, pero allí dentro no puede introducir ni uno solo de aquellos gatos. Necesitaría por lo menos una nave tres veces más grande para meter a uno solo.

—Recuerde que pueden vivir sin necesidad de oxígeno, Markam.

—Cierto.

—Entonces solo me basta una plataforma lo suficientemente grande para que quepan cuatro animales.

— ¿Puedo conseguirla?

—Imposible. La fabricación de las láminas se hace también aquí —y señaló el interior de la fábrica—. El tamaño no tendría importancia. Es una pieza continua...

Se interrumpió con una súbita idea.

— ¡Las planchas de la central!

— ¿Podría cortarlas?

—Creo que sí.

—Regresemos, pues. Los voladores podrán servirnos.

La dificultad estaba en huir, pero también era un riesgo que forzosamente se había que correr.

A una orden de Markam los hombres se elevaron verticalmente.

Cuando los tubos se colocaron en posición de disparo, los doce estaban ya por los aires zigzagueando para evitar las fatales quemaduras del líquido amarillo.

Más tarde llegaban a la base de la «Central Distribuidora».

Capítulo XVIII

Con el soplete, fue cortado el trozo de plancha suficiente para el transporte.

Avernon ordenó la colaboración de los profesores para soldar la bóveda y dejar las juntas de modo que, también, pudieran adherirse mediante soldadura a la nave Y-540.

Unos soportes asegurarían la estabilidad, cuando, puesta en funcionamiento, tuviera que arrastrar la enorme plancha laminada.

El peso de los animales era lo de menos. En el espacio, carecía de importancia.

Faltaba únicamente lo más difícil. Conseguir conexión directa con la Y-540.

El profesor Riker, especialista en comunicaciones, adujo la única posibilidad.

—Desconectaré la pantalla de la Central, para que el Cerebro no pueda controlarla.

— ¿Y cómo conseguirá establecer la comunicación?

—Por el radar ultrasónico. Instalaré la antena de forma directa, suprimiendo los demás contactos. Es la única forma.

Riker se puso a trabajar.

Poco tiempo le bastó para la operación.

La pantalla y los mandos, desprovistos de todo contacto con el Cerebro, actuaban iónicamente dirigidas a larga distancia y a un solo punto: «Vía Aurelia».

Olstrom tomó el micro para dar la orden a Y-540.

—Soy Olstrom. Olstrom llamando a nave Y-540. Olstrom ordenando el inmediato regreso a la base de la «Central Distribuidora».

Silencio.

Rostros angustiosos cambiando miradas.

—Conteste Y-540. Conteste a Olstrom.

La pantalla mostró unos ligeros signos difuminados.

—Traduzcan —pidió Olstrom.

—No quieren decir nada. Incoherencias —manifestó Riker.

Nuevamente, Olstrom repitió la orden.

Los signos aparecieron con alguna claridad, pero seguían siendo indescifrables.

—No hay duda de que la señal llega —murmuró Markam.

—Es mi voz. Está demasiado distante y debe recibirla con dificultad. Creo que, si pudiera oír claramente obedecería.

No había forma de arreglarlo. Tal vez dando el volumen máximo al receptor. Pero, en tal caso se corría el riesgo de que los sonidos imperceptibles de las microondas interfirieran la voz.

Riker trabajó un buen rato para reducir al máximo los ruidos y conectó el transmisor a la máxima potencia.

Olstrom volvió a hablar.

—Y-540. Te ordeno que regreses a la base de la «Central Distribuidora».

Un silencio. Un compás de espera.

Al fin los signos de la pantalla aparecieron con más claridad.

Markam lanzó un grito de júbilo.

— ¡Se pone en camino! —exclamó—. ¡Lo ha conseguido «señor» Olstrom!

* * *

La luz del Astro había declinado. Estaba todo oscuro, cuando la Y-540 se posó en la plataforma central del hangar de toma de contacto.

Olstrom pasó al interior junto con Markam.

El resto de los hombres con los «voladores» sujetaron la enorme plancha.

— ¿Preparados? —preguntó Olstrom.

—Preparados.

La nave se elevó y, tras ella, once hombres sosteniendo la plancha. La soldadura tenía que hacerse en el aire, ya que no había lugar material para proceder a su enganche en la plataforma de la base.

Markam cuidó de efectuar el trabajo, juntando el soporte en la parte alta de

la trasera de la nave y la base bajo la panza.

Era todavía de noche, cuando Olstrom y Markam emprendieron el viaje.

La Y-540 respondía perfectamente a las órdenes-

La velocidad máxima posible fue imprimida al ingenio espacial, mientras Markam paseaba nerviosamente por la sala circular.

—Me estoy preguntando la suerte que habrá corrido Banah.

—También he pensado en ello, Markam. Pero obligaré al Cerebro a que me diga dónde la ha llevado.

— Ojalá lo consiga.

* * *

La Y-540 se posó a voluntad de Olstrom en las cercanías del Gran Lago.

Dejaron encendidos los potentes focos para iluminar el fondo.

Allá abajo, media docena de gatos, deslumbrados por la cegadora luz, quedaron inmóviles. Maullaban encogidos, erizados los pelos.

Uno lanzó un bufido.

—Quédese en la nave, Markam —dijo Olstrom, mientras descendía.

—No se fíe, «señor» —advirtió el comandante.

Olstrom, totalmente concentrado, mostraba sus ojos refulgentes mirando al fondo del lago, mientras comenzaba a descender.

A medida que avanzaba, los gigantescos animales se recogían más y más.

Sus maullidos se tornaron ronroneos. Uno de ellos siguió bufando.

Desde la nave a través de la pantalla de aumento, Markam seguía las incidencias.

Olstrom se estaba aproximando a los animales. Su figura al lado de los felinos era diez veces más pequeña en estatura; y sin embargo, parecía tenerlos dominados.

Al fin, los animales, como siguiendo una muda consigna, adoptaron una posición normal y comenzaron a avanzar hacia Olstrom.

Markam desde la cabina de la Y-540, miraba asombrado cómo aquel hombre de excepcionales cualidades conducía los «monstruos» ladera arriba, como si se tratara de un rebaño de bueyes[5].

— ¡Es formidable! —murmuró para sí.

* * *

La Y-540 se puso en marcha con ¡cinco gatos! en la plataforma enganchada y protegida por la bóveda.

La nave seguía obedeciendo las órdenes de Olstrom, que dividía su atención en el trayecto y la mirilla de la parte trasera para observar el comportamiento de los felinos en el Espacio.

—Iremos directamente a la Fábrica de Yurisa II, para ahorrar tiempo —dijo Olstrom.

Olstrom parecía presentir un peligro inmediato.

Y no se equivocaba, porque en aquellos instantes la fábrica automática

estaba trabajando a pleno rendimiento...

Capítulo XIX

La fábrica trabajaba a pleno rendimiento...

La espaciosa sala estaba precedida por el Cerebro. En una de las paredes, en una altura intermedia, estaba situado el control automático rodeado de pantallas en las cuales iban surgiendo los signos que los «robots» leían, mientras sus manos ágiles producían nuevos compañeros de acuerdo con las instrucciones de las pantallas.

Una vez los nuevos robots eran verificados personalmente por el Cerebro, empezaban a trabajar para producir otros nuevos.

La reproducción se multiplicaba a pasos agigantados.

Un grupo de autómatas cuidaba de la máquina productora de plancha, que otros cortaban para agrandar la fábrica.

El techo había sido retirado para elevar la altura del edificio, a fin de disponer de nuevas plantas para el nuevo material automático.

Nuevos tubos de ataque eran colocados por los autómatas en los lugares estratégicos.

De pronto, el Cerebro paralizó las pantallas. Tras un silencio prolongado en todos los receptores de mensajes apareció la misma señal.

¡Alerta!

Los robots encargados de la defensa ocuparon sus puestos, en espera de recibir nuevas instrucciones.

De nuevo en las pantallas surgió la inscripción:

—Nave Y-540 se aproxima.

Unos guarismos indicaban el lugar exacto por donde iba a aparecer la nave, así como su exacto emplazamiento.

Tras otro breve compás de espera, surgió la orden:

¡Preparados!

En otras pantallas, aparecieron diferentes órdenes para que los autómatas siguieran unos trabajando, mientras otros salían de la fábrica, formando un auténtico ejército con una concreta consigna:

Destruir todo ser viviente.

El lema era:

EL CEREBRO DOMINARÁ TODAS LAS GALAXIAS.

Una nave marcada con el nombre Y-1111, salía por la puerta de mayor tamaño y los robots armados de «rayos continuos» subían para dirigirse a librar la batalla final.

La Y-1111 se elevó por los aires justo cuando aparecía la Y-540.

¡Fuego! Fue el guarismo que apareció en las pantallas.

Todos los chorros de líquido buscaron la nave que conducía a Olstrom y Markam.

Una hábil maniobra evitó ser alcanzada por la lluvia desintegradora.

Olstrom eligió para la toma de contacto el nuevo techo que acababa de ser colocado en la Fábrica.

— ¡Es increíble! —exclamó Markam, refiriéndose a la ampliación.

Olstrom hizo posar suavemente la nave sobre la lámina. Era el único lugar donde el Cerebro no había dispuesto un solo tubo defensivo.

En las pantallas estaban dando la orden, en aquel momento.

Olstrom saltó, para dirigirse a la plataforma.

Los felinos, inquietos, bufaban.

La mirada del hipnotizador se endureció. Los animales se encogían, dispuestos a saltar de un momento a otro.

Olstrom siguió incitándoles con su mirada penetrante; luego saltó, utilizando el «Volador».

Los felinos saltaron tras él.

— ¡Cuidado! —advirtió Markam, presintiendo un desenlace funesto.

— ¡Salte, Markam! —gritó Olstrom.

El comandante lo hizo entre el fuego de los tubos.

La Y-540 estalló, alcanzada por el líquido de un tubo que había lanzado el chorro desde el interior.

Markam corría hacia una de las puertas, donde Olstrom, de espaldas a ella, parecía citar a los gatos.

De pronto, los animales tomando un tremendo impulso, saltaron sobre Olstrom.

Pero este pudo saltar a tiempo, mostrando una rapidez de reflejos nada común, mientras los gatos chocaban contra la puerta.

El enorme empujón, además de un ruido terrible, hizo bambolear la delgada lámina.

Olstrom repitió la operación, aquella vez en compañía de Markam.

Los felinos bufaron.

El chorro de uno de los tubos alcanzó a uno de los animales, que lanzó un terrible maullido y emprendió furiosa carrera contra la puerta.

— ¡Salte, Markam! —gritó Olstrom.

Uno por cada lado, esquivaron en el momento oportuno, mientras el felino

con el pelo ardiendo chocaba contra la lámina. Sus cuatro compañeros se lanzaban furiosos hacia la misma dirección.

El tremendo impacto fue definitivo.

La lámina cedió. Arrancada de cuajo, fue pisoteada por los furiosos animales lanzados a un desenfrenado ataque contra todo lo que se moviera ante ellos.

En las pantallas la nueva orden prevenía a los robots:

¡Muerte a los monstruos!

Los robots más próximos se vieron empujados por las bestias que, en su ímpetu, les derribaron; algunos quedaron descompuestos; otros, con los «rayos continuos», intentaban defenderse. Pero la agilidad natural —a pesar del desmesurado tamaño— de los felinos, saltando constantemente entre las mesas y sobre las láminas apiladas desconcertaba a los autómatas.

La lucha era inenarrable. Monstruos contra monstruos. Fuerza contra Fuerza.

Y las pantallas seguían transmitiendo órdenes, mientras Markam protegiendo a Olstrom disparaba sus rayos contra los seres mecánicos, buscando su punto vulnerable: el ojo mágico.

Olstrom ascendía ya por la escalera que conducía a la plataforma, sede del Cerebro.

¡Por fin hombre y máquina iban a enfrentarse!

Capítulo XX

Los signos de las pantallas aludían directamente a Olstrom.

— ¡Vas a morir, extranjero!

Olstrom se situó en el centro de aquel enorme Cerebro provisto de cinco ojos mágicos, ultrasensibles.

Los ojos del hombre concentraron su flujo en la máquina.

Abajo la lucha seguía.

Dos gatos estaban fuera de combate. Markam, parapetado tras unas láminas, era un aliado más de los felinos.

Olstrom sin palabras transmitía sus órdenes ultra-sensoriales desafiando al poder del Cerebro.

¡Cerebro contra Cerebro!

La máquina resistía.

—No podrás dominarme. Lo intentas, pero no podrás —repetían los signos de las pantallas.

—Te estoy dominando ya —dijo con voz ronca Olstrom—. Eres una máquina. Te diseñó un hombre, y al hombre tienes que obedecer.

Los signos de la pantalla aparecieron algo más difuminados.

Olstrom, sin parpadear, seguía luchando para dominar aquel instrumento insólito.

Las señales continuaban perdiendo nitidez.

La máquina no estaba vencida todavía. Apareció un tubo, desde uno de sus brazos hasta entonces inmóviles.

Apuntó al cerebro de Olstrom.

Era un momento decisivo.

Olstrom transmitió:

—No puedes disparar contra mí. No tienes fuerza suficiente. No puedes.

El brazo metálico se mantenía firme.

Olstrom también.

— ¡Apártese! —gritó Markam.

No. Olstrom no estaba dispuesto a ceder. Era la supervivencia del hombre. Su triunfo o el del ingenio mecánico.

Pero el Cerebro no cedía.

Markam dejó de luchar. Toda su atención estaba en lo que sucedía allá arriba.

Las pantallas habían enmudecido. Ya no se registraba ninguna instrucción. Ninguna orden.

Pero el «rayo continuo» seguía encañonando a Olstrom.

«¡Sucumbe de una vez!», exclamó mentalmente Olstrom.

Sus ojos habían alcanzado el punto culminante de su fulgor.

El brazo metálico cayó sin fuerza. El «rayo continuo» se escapó de las

tenacillas que lo sujetaban.

Markam lanzó un suspiro.

Olstrom había vencido.

¡Él era el auténtico cerebro!

* * *

El rayo pulverizó la máquina. Automáticamente, los robots quedaron inmóviles. Sobre el suelo, los gatos yacían muertos, corroídos por las quemaduras de los rayos.

Solo un poco antes, dominado todo el control, Olstrom obligó a su enemigo a revelar el nombre del lugar donde habían sido llevadas las mujeres raptadas.

—Es inaudito. Están en el satélite del Astro.

— ¡Se abrasarán! —exclamó el joven comandante.

—Iremos directamente a rescatarlas con una de las naves de los hangares.

—No funcionará.

Olstrom sonrió levemente.

—Antes dijo usted que yo era el Cerebro, ¿verdad?

Markam no puso en duda ni por un instante de que el Cerebro sería capaz de conducir la nave hasta el satélite.

Poco después, reparadas las conexiones y manipuladas sin automatismos, el comandante transmitía la noticia.

—El peligro ha terminado. El «señor» Olstrom y yo salimos para rescatar a las mujeres.

Cuando los dos hombres tomaron la nueva nave señalada con la Y-1002, Olstrom actuando de cerebro consiguió idéntico automatismo. El vehículo espacial emprendió raudo vuelo hasta el satélite del Astro. Un punto diminuto en el espacio, que el comandante buscó en el registro de materias y la pantalla reproductora dio los datos exactos de la superficie, emplazamiento y temperatura ambiente.

—Es curioso —murmuró Olstrom a la vista de los datos—. Es la cuarta parte más pequeño que Yurisa, la proximidad del Astro es inmediata y sin embargo, la temperatura es ligeramente más cálida que la nuestra.

—Sí. Realmente no es comprensible.

—Pienso que el Cerebro debió tener sus motivos para enviar las mujeres a ese lugar.

— ¿Por qué cree que lo hizo?

—Tal vez porque no se nos ocurriera buscarlas ahí. Aunque supongo que la respuesta correcta no la hallaremos hasta que estemos allí.

* * *

A medida que se aproximaban, la pantalla reflejaba unos extraños signos.

— ¿Qué puede ser esto? —preguntó Olstrom.

—No lo sé. Nunca había visto nada igual.

Olstrom entornó los ojos.

— ¡Música! —exclamó al fin.

A través del receptor unas notas estridentes inundaron el recinto de la nave.

— ¿Música? —musitó extrañado el comandante.

—Sí. No cabe duda.

—Es extraño. Hace muchos períodos que solo percibimos la música a voluntad, sin aparatos e individualmente.

— ¿No bailáis en Yurisa? ¿No escucháis conciertos?

— ¡Oh sí! Pero cada uno elige lo que más le gusta del repertorio.

—Pues donde nos dirigimos o están más atrasados o... —dejó la continuación en el aire, pero Markam notó que los ojos penetrantes de su amigo intuían algún peligro.

Capítulo XXI

Los robots habían dejado de ser un peligro, con la muerte de su control rector.

En el centro de toma de contacto del satélite, inmóviles, totalmente inofensivos permanecían de pie, escoltando las naves en las que habían llegado.

Más allá, una exuberante vegetación que Markam jamás había presenciado bordeaba hermosos senderos.

Un césped de terciopelo del que surgían vistosas y fragantes flores que perfumaban el ambiente constituían un auténtico regalo para los ojos.

A medida que se adentraban por uno de aquellos caminos la música que antes habían oído a través del receptor aumentaba su volumen.

Guiados por el sonido buscaron el lugar de procedencia.

Al final del parque se encontraron ante una calle cuyas edificaciones resultaban extrañas para Markam.

Terrazas, balcones, ventanas, algo insólito por la construcción. El metal laminado había sido reemplazado por un material de color rojizo.

Cuando Olstrom con su estilete hurgó la pared murmuró:

—Es un producto enteramente natural. Proviene del suelo. Probablemente lo llamarán tierra.

En una esquina se elevaba el edificio de aspecto más suntuoso. De allí surgía la música.

Y allí entraron los dos hombres.

Nadie impidió su paso, cuando cruzaron el ancho umbral sin puertas. Unos signos que Markam no pudo entender fueron, en cambio, perfectamente comprensibles para Olstrom.

—«Palacio del Placer» —tradujo.

¿Placer?

¿Qué palabra era aquella?

Llegaron al salón principal y Markam, con ojos atónitos, contempló el espectáculo.

Hombres bulliciosos sentados sobre cojines bebían alegremente. Junto a ellos, muchachas jóvenes, hermosas...

En una pista, y al ritmo de una música trivial, otras parejas se entregaban frenéticas a su compás.

Una muchacha, cubierta de una malla, se contorsionaba sola, en lo alto de una plataforma rodeada de un grupo de hombres que batían palmas.

Eran gentes de distintas razas. Sus vestimentas y la pigmentación de sus rostros relataban una mezcla de pueblos.

Markam sintió aumentar su estupor cuando reconoció a varios de los asistentes a aquella orgía.

—Eider, Nilia, Ona... Son las chicas de Yurisa. Y están aquí también los soldados desaparecidos.

En un rincón de la abigarrada sala, un hombre besaba a una mujer.

En el suelo, en taburetes o en las mesas, alegres parejas charlaban y reían.

¡Y aquella música frenética que surgía de un aparato en forma de rodillo!

Un hombre, con una extraña vestimenta floreada, se acercó a los recién

llegados.

—Adelante, amigos. Gocen de la vida. No encontrarán un lugar mejor.

— ¿Qué lugar es este? —preguntó Markam.

—El del placer. ¿No lo están viendo?

—Pero... ¿qué clase de placer?

—Aquí puede encontrar lo que más le guste. ¿Les busco compañeras?

—No —replicó Markam.

El hombre se encogió de hombros.

—Ustedes se lo pierden.

—Ahora empiezo a comprender —murmuró Olstrom.

— ¿Comprender?

—El Cerebro eligió el lugar por esto... Solo una cosa puede hacer olvidar el hombre sus obligaciones. El alcohol...

— ¿Qué es el alcohol?

—Anetol, por ejemplo.

—No me produce el menor efecto.

—Porque bebes cantidades moderadas. Pero hay otras bebidas más fuertes. Lo presiento... Bebidas que enturbian los sentidos y estimulan los sentidos.

—Los sentidos son cosa superada, elemental en los centros de estudios. Un hombre y una mujer no tienen problemas ni secretos.

—Ahora es cuando temo por Yurisa y por todos los planetas de la Galaxia V. Quizás habíais rozado el límite de la perfección y esto solo puede significar el fin...

— ¿El fin?

—Sí, amigo Markam. No hay fuerza humana que haga volver a sus obligaciones a esos hombres ebrios. Ya ves en qué han convertido su vida. Placer... Estamos en un mundo distinto, no sé si más avanzado o más atrasado, pero distinto. ¿Te has fijado en las calles? Desiertas. Nadie trabaja, viven entregados a esto. El Cerebro era inteligente. Alcohol y bajos estímulos, locura colectiva, pérdida de la dignidad. ¡Vámonos, Markam!

—No. Ella no puede ser así. Banah es distinta. He de encontrarla.

—Busquémosla.

Se mezclaron entre la multitud.

Alguien reconoció a Markam.

— ¡Bienvenido!

Otros le rodearon, tratando de mezclarle en un baile colectivo. Una mujer se acercó, ofreciéndole sus labios.

— ¡Basta! —estalló Markam—. ¿Acaso no os dais cuenta? Os han tendido una trampa. ¡Regresad!

Una carcajada sonora y colectiva brotó de todas las gargantas.

De lo alto de una escalera apareció Banah, con la mirada triste y su expresión asustada.

Se produjo un silencio.

Hombres y mujeres, tambaleándose por los efectos de las bebidas, le

abrieron paso.

Markam la esperaba, tenso. Olstrom asistía a la escena, lleno de curiosidad, expectante.

Ella llegó hasta el bajo. Quedó un momento inmóvil para echar a correr y lanzarse a los brazos del joven comandante.

Su beso fue limpio, natural y emocionado.

—Yo no... Yo no he querido, Markam...

— ¡Banah! Lo sabía. Lo sabía...

—Otros se resistieron. Pero los robots les desintegraban con sus rayos. Me obligaron a entrar, pero me escondí en una de las cámaras con otras chicas. Tenemos que rescatarlas... Hay algunos hombres también. Sacadlos de ahí y regresemos.

—Sí, Banah. Indícame el camino.

Subieron en busca de los otros, mientras abajo se había roto de nuevo el silencio y corrían la bebida y el amor...

* * *

La sala circular de la nave estaba ocupada totalmente por quienes habían sabido resistir la tentación. Olstrom estableció contacto con la base.

—Regresamos.

El receptor lanzó una llamada de auxilio.

— ¿Han encontrado a los hombres?

—Sí.

—Vengan inmediatamente. Nos están atacando.

— ¿Quiénes?

—Son seres de otra Galaxia. Tienen armas más poderosas que las nuestras. Tratan de destruirnos. Necesitamos de todos los hombres.

—Mensaje captado. Intentaremos reunirlos a todos.

Capítulo XXII

— ¿No oís lo que os digo? —exclamó Markam y su voz era como un grito desgarrador, una llamada a la conciencia—. Vuestra patria os necesita. Tenéis que combatir o nos aniquilarán a todos.

— ¡Déjanos en paz, Markam! No queremos luchar...

—Tenéis a vuestras familias en Yurisa. ¿Acaso no pensáis en ellas?

La música subió de tono, y las voces y las risas también.

Olstrom tuvo que intervenir, cuando Markam frenético desenfundaba su «rayo».

Su actitud fue replicada por los otros en tono desafiante.

Llegaron los hombres que ya habían subido a la nave, dispuestos a acudir en ayuda de Markam.

— ¡No! —gritó la grave voz de Olstrom—. No os matéis los unos a los otros. No haríais más que precipitar el fin...

Y el fin comenzó realmente en aquel momento, mientras unos hombres y unas mujeres continuaban su orgía, y otros en Yurisa y en todo el sistema de la Galaxia V libraban una encarnizada batalla por la supremacía.

Cuando la Y-1002 penetró en la zona de atracción de la «Central Distribuidora», todos pudieron ver, a través de la bóveda transparente, un montón de ruinas.

Extrañas explosiones surgían de todas partes y su onda expansiva alcanzaba alturas terribles, insospechadas.

De pronto la nave se tambaleó.

— ¿Qué ocurre? Parece que ha perdido el control —exclamó Markam.

—Intentaré dominarla —replicó Olstrom.

Dictó las órdenes a la Y-1002 que parecía negarse a obedecer.

La técnica fallaba, mientras Banah horrorizada contemplaba la desintegración de la «Central Distribuidora» que arrastraba a los cuatro planetas.

Una luz potente avanzaba hacia lo que había sido un lugar próspero.

—Es el Astro. Pierde estabilidad. Va a chocar contra nosotros —gritó una voz.

Olstrom seguía intentando dominar la nave que parecía poseída de una fuerza magnética.

El Astro se acercaba, se acercaba.

— ¡Vamos a morir desintegrados! —gritó Banah abrazada a Markam.

El Astro estaba allí. Su calor amenazaba con fundir la plancha de la Y-1002.

De pronto...

Una explosión.

La nave salió en dirección opuesta atraída por una fuerza irresistible.

— ¿Qué ha pasado? —preguntó Markam.

Olstrom se volvió.

—El Astro ha chocado con su satélite; el planeta del placer.

En la pantalla aparecieron unas anotaciones.

La Galaxia V se había desintegrado.

La Y-1002 seguía su vertiginosa carrera.

— ¡Nosotros también nos estrellaremos! —dijo alguien.

Tras un silencio, Olstrom dejó oír su voz reposada.

—No hay motivo de temor. La nave está bajo mi control.

* * *

Nadie supo explicarse por qué el único lugar que se había librado de la catástrofe era aquel lugar abandonado períodos antes: «Vía Aurelia».

Olstrom fue el primero en descender. Lo hizo sin escafandra.

—Bajen... La atmósfera es respirable.

Markam rodeando a Banah miró hacia el horizonte donde una incipiente luz rompía las tinieblas de otros períodos.

—Un nuevo planeta nace... Con vida propia.

Olstrom avanzó hacia la antigua plataforma de toma de contacto.

¡Había desaparecido! En su lugar un inmenso cráter de cuyo fondo brotaba agua.

Más allá, la antigua ciudad subterránea había quedado sepultada.

— ¡Olstrom! —exclamó el comandante—. Esto ha cambiado. Hay montañas. Se oye rumor de agua.

Olstrom no contestó.

Los hombres y las mujeres, dueños de un nuevo mundo, corrieron alborozados en todas direcciones.

Markam y Banah entrelazados caminaban hacia aquel horizonte donde el resplandor rojizo de un nuevo astro prometía un futuro esperanzador.

Los tonos policromados de aquella luz ofrecían a los ojos una belleza inigualable.

Un extraño cántico parecía resonar de las montañas.

El comandante se volvió.

— ¡Olstrom! Esto es maravilloso... —sus ojos miraron extrañados al comprobar que tras de sí no había nadie.

— ¿Dónde está? —murmuró Banah compartiendo el estupor de Markam.

—Se ha ido... Ha desaparecido.

— ¿Por qué?

—No sé. Era un hombre extraño.

En lo alto una nave. ¿La Y-1002 tal vez? Surcaba el espacio cada vez más iluminado con el aspecto de un amanecer.

—Me habló de muchas cosas, Banah —comentó Markam refiriéndose a Olstrom—. Cosas que no comprendí muy bien.

—Era un hombre bueno.

—Sí... Lo era.

Volvieron a mirar hacia el horizonte. La vida, una nueva vida, sonreía.

Epílogo

El Pasado, el presente y el futuro no cuentan en el espacio. No son hechos que han sucedido que suceden o sucederán. Son simplemente hechos: son y están en todos los tiempos, en todas las Eras.

Estas habían sido las palabras de Olstrom.

Millones de años después, cuando «Vía Aurelia» se hubo convertido en el planeta más avanzado, cuando la ciencia de sus habitantes parecía llegar a su cénit, los radares informaron del *Nacimiento* de un *nuevo planeta* en otra Galaxia.

El nombre del recién nacido era el de... PLANETA TIERRA.

FIN

Próximo número:

ÁTOMOS ROJOS

Lucky Marty

Llegó a la Tierra y su sabiduría
le hizo ser un superdotado.
La Ciencia y la Técnica del hombre
avanzaría en una generación
más que en mil años
bajo sus consejos e influjo.
Sin embargo, los humanos
no tardaron en descubrir
que en el mundo lejano
de donde procedía era...
¡un subdesarrollado!

Precio: 9 ptas.

Notes

[←1]

Se suponen 112 grados en la escala Fahrenheit, igual a unos 80 grados centígrados, bajo cero ambos.



Un período igual a cuatro años. Markam tendría unos treinta. Y el promedio de vida aludido correspondería a unos 125 años de nuestra época.



Equivalente al período de luz que recibían del astro. Lo que podríamos llamar día completo tenía doce luces. El conjunto puede estimarse en unas veinte horas de la medida actual del tiempo.



Voladores. Especie de paracaídas, consistentes en una turbohélice colocada a la espalda que se aceleraba y detenía a voluntad, pudiendo elegir el punto exacto donde tomar contacto con el suelo.



Los Yuris llamaban bueyes a unos animales probablemente muy distintos a los que conocemos con este nombre. Sin embargo, era la única carne comestible en la Galaxia V.